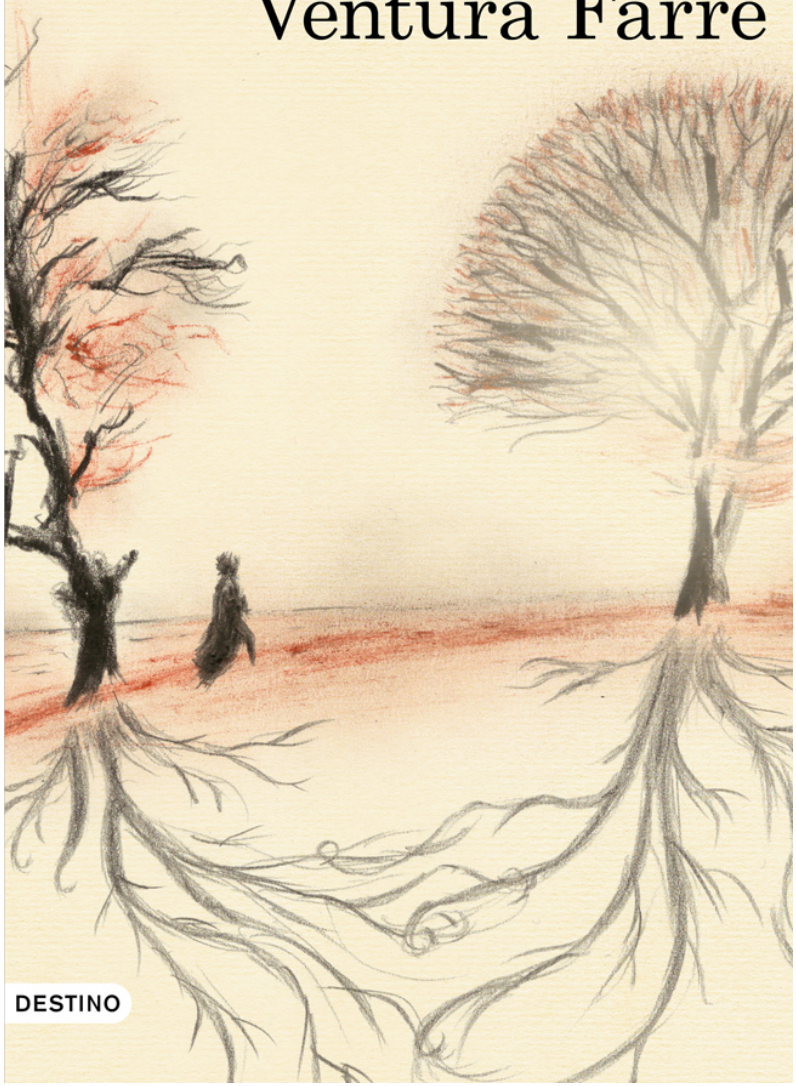
La ley del invierno

Gemma Ventura Farré



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
¿Habéis estado alguna vez frente a la muerte?...
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Una chica vela a su abuelo y en la soledad absoluta tiene dos grandes compañías, la de la memoria y la de la imaginación. Mientras los cerezos se desnudan, la ley del invierno se impone para recordarnos que para renacer es necesario antes dejar ir.

Con un aire intimista y mágico, esta novela hace visible lo invisible: las personas que no están pero que nos guían hablándonos al oído, el amor que dejamos existir cuando necesitamos que exista y la forma como suplimos cada ausencia.

Con esta historia, Gemma Ventura ha sido galardonada con el prestigioso Premi Josep Pla 2023.

La ley del invierno

Gemma Ventura Farré

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Premi Josep Pla 2023

Ediciones Destino

A mi madre, por acompañarme cada invierno.
Al azar, por ser tan generoso.

—¡Si supiera cuántas veces he estado enamorado de ese modo...!
—Pero ¿cómo? ¿De quién?
—Pues de nadie, de un ideal, de la que se me aparece en sueños.

Noches blancas, FIÓDOR DOSTOIEVSKI,
traducido por Bela Martinova

Quizás podríamos poner a la madre
en un rincón
de la casa Farol
o lámpara de pie
nos iluminaría las noches
más negras A menos
que prefieras
tenerla
plantada en el jardín Y ver
como
se inclina
hacia ti.

«Pare què fem amb la mare morta?»,
ANTÒNIA VICENS,
traducido por Rodolfo Häsler

Nada ocurre ni ocurrirá nunca
dos veces. A causa de ello,
nacimos sin práctica

y moriremos sin rutina.

«Paisaje con grano de arena»,
WISŁAWA SZYMBORSKA

¿Habéis estado alguna vez frente a la muerte? ¿Habéis visto cómo se mete dentro de un cuerpo, de un lecho, de un amor, de un pez, de una noche, y lo borra y se va? Y sin poder hacer nada por evitarlo, te conviertes en el testigo de un final. Y entonces te preguntas si un final puede ser un inicio y te pones a buscar por todas partes dónde empieza.

1

Toma aire pero se le escapa de la boca. Mi abuelo es un moribundo. Lo miro fijamente para memorizarlo, porque sé que mañana o pasado mañana ya no estará. Y por eso le hago fotos con los ojos. Como cuando era pequeña, que retrataba con los párpados a las personas que sabía que no vería más. Y eso era lo único que me tranquilizaba, porque si las retenía dentro de mí, quería decir que siempre que quisiera podría hacer que volvieran a existir. Y cuando finalmente las olvidaba no pasaba nada porque no me enteraba, y porque el olvido me protege, ya lo creo que me protege. Pero lo que os decía: no me puedo separar de él, pero necesito separarme. Y sin embargo, si me separo lo estoy abandonando, ¿verdad? Pero ¿cómo te puedes separar de alguien que sabes que no volverás a ver? Porque no me daré cuenta y ya estará enterrado en el hoyo, con la puñetera cruz de madera, su nombre picado con martillo, la fecha del primer día, la del último y el guion en medio. El guion, esa raya corta en la que se concentra la existencia.

Nunca lo había observado durante tanto rato seguido, ni a él ni a nadie. Pero lo miro como si pudiese llegar a entender cómo es eso de tener cosas que hacer, que decir, y desaparecer. Que todos tus propósitos, tus inquietudes, tus obsesiones, tus manías, tus esperanzas, todo, ¿sabéis?, todo quede interrumpido. Pam. Hachazo. El árbol cae. Y que mientras con la pala te cubren de tierra, de una oscuridad parecida, o quizá de la misma, nazca un niño. Y que de un extremo al otro todo pase en un segundo. Y que yo esté ahora aquí en medio de ese segundo y, de repente, como ocurre con todos, pam, hachazo. Sí, sí, eso mismo: un día vivo, al siguiente muerto. Un día contento, al siguiente en el hoyo. Un día un chaval, al siguiente el pelo lleno de canas. Corre, corre, ve a por

todo. Hachazo y abajo. Ostras, no sabéis cómo me agobia pensar en todo esto.

Desde aquí, al pie de la cama, le diría cualquier tontería, pero me da miedo: ¿y si se inclina y me responde?, y le susurro: Soy yo. Y observo con atención si abre un ojo, y me tranquiliza que no lo haya abierto y entonces me siento mal por haber deseado con todas mis fuerzas que no lo abriese, pero vuelvo a intentarlo, así, muy flojito, demasiado flojo: Soy yo. Nada. Se esfuerza en respirar y se atasca y parece que vaya a ahogarse y si se ahogase yo no sabría qué hacer. Es que si ahora se muriese, tampoco sabría qué hacer. Soy tan inútil. Y cuando la sábana, amarillenta por el tiempo, se queda quieta y su barriga deja de moverse, me giro y echo ramitas secas al fuego, una tras otra. Y le pido a Dios o a quien pueda escucharme que por favor haga que le entre el aire. Pero entonces los segundos, tan insignificantes, se vuelven prepotentes, altivos, los muy cabrones me vacilan: Ya ves, todo depende de nosotros, y cuando me ha quedado claro, todavía me lo dejan más claro. Y en el silencio de piedra, con la cabeza gacha, me anuncio a mí misma: Ya está. Y él se sacude como un animal y su barriga gigante se vuelve a hinchar. Y, asustada, me doy cuenta: está demasiado lejos. Pero es que aunque sé que es él, parece que esté delante de otro. Es su cuerpo, sí, eso lo sé, pero él, el él de verdad, es como si estuviera cortando leña en el porche, fumando en el jardín, haciendo una tortilla, merodeando por aquí.

Doy los pasos necesarios, y me imagino que es un desconocido porque, si no, no los daría. De pie, junto al somier, le tiendo la mano como si él estuviera colgando del precipicio y yo tuviera que salvarlo pero no me atreviera por miedo a que me la agarre demasiado fuerte y caigamos los dos. Valor, siempre me falta valor. Con la punta de los dedos le toco el puño. Ahí concentra su última fuerza. ¿Qué retienes? ¿Qué es lo que no quieres soltar? Lo toco casi sin tocarlo, lo justo para que sepa que estoy aquí, y por dentro le digo: Estate tranquilo. Porque en momentos así creo de verdad que se puede hablar con el pensamiento.

En la muñeca lleva puesto el mismo reloj redondo. La aguja

de los segundos, después de tantos años viviendo en su pulso, le pide: Sígueme, haz círculos alrededor de los minutos, de las horas, de los días, de las primaveras, aguanta, no te salgas de la rueda, no te entregues a la línea infinita. O no, ahora más bien parece que lo expulse: Fuera, ya no perteneces al tiempo de los relojes. Y como si recorriese el contorno de alguien —Ricard, ¿piensa la gente en los secretos que hay dentro de cada cuerpo?—, mi tacto vaporoso sobrevuela la carretera de su brazo, ese brazo fuerte con el que cortaba troncos y que ahora es flacucho y pálido. Pero me aparto: ¿lo estoy violentando? O no: quizá, huérfano y mudo, necesita alguien que le haga de barandilla o de escalera o de túnel para ir allí donde va. Pero ¿cómo puedo saber lo que necesita si nunca lo dijo? Su pelo, de un gris apagado y sudado en la frente, está a un palmo del cabezal, donde hay seis barrotes de roble que él mismo encoló, y encima, colgando de un clavo oxidado, la cruz que clavó allí la que fue su mujer. Arrumbado en la esquina, está el armario que no parece un armario, porque él no se entretenía en hacer muebles bonitos, sino prácticos. Está abierto, como siempre lo estaba. Ahí están las tres camisas con bolsillos en el pecho, los vaqueros gruesos, el jersey de lana, la cazadora de cuero, un par de calzoncillos largos agujereados por los muslos. Abajo, un cartón de tabaco, las botas verde oliva llenas de barro, unas cuantas bolas de calcetines, el cinturón desenrollado y las zapatillas con la lengüeta aplanada. Delante de la puerta está el lavabo, donde cada dos o tres días se untaba las mejillas de espuma, se pasaba la cuchilla, daba un golpecito en el lateral, abría el grifo y el remolino de agua se llevaba las puntas de barba. Donde el váter siempre estaba con la tapa levantada y si meaba fuera le daba igual, porque un jueves al mes venía la pesada de Roser.

Esta amplia habitación, con un techo tan alto que podría albergar otra planta, parece que alguien la haya vaciado y no haya dejado más que lo que te hace pensar en la soledad. Aquí uno se puede llegar a sentir muy solo. Y, sin embargo, no le falta nada. En esta cajita que encierra el tiempo hay lo mismo que había: el ventanal que nunca he sabido abrir, con la cortina larga anudada a un lado y otro de la pared, y, delante de la cama, la chimenea.

Cuando he llegado al atardecer y he visto desde el pasillo que era verdad que tenía las piernas rectas, con el pie con el que iba a entrar he dado un paso atrás y me he tocado la frente para borrarme lo que aún no había visto. Y tras dejar la maleta en el umbral, he bajado, peldaño a peldaño, intentando asimilarlo y, al mismo tiempo, desconfiando de ello, como si no pudiese ser. Y ya en el jardín, junto a los tres escalones del porche, os juro que me he vuelto loca: he aplastado ramitas, fuerte, fuerte, fuerte, y venga a metérmelas dentro del jersey, y cuando me ha parecido que tenía suficientes, he aplastado más para prolongar el momento de no subir. Y entonces he visto que estaban demasiado húmedas y me ha dado la neura, porque nada de lo que cogía me servía, y empezaba a oscurecer y venga a chafar fuerte, fuerte, fuerte, pequeño, más pequeño, más, y he tenido que ordenarme a mí misma: Basta. Me he llevado un puñado y he cogido un tronco de la pila de los palés. Y el pasillo, más largo que nunca. Y al final del pasillo, el temor a abrir una puerta medio abierta. Y he vaciado mi cabeza, concentrándome exclusivamente en lo que veía: las baldosas de terracota, los ovillos de polvo, la campana de la chimenea. Con una cerilla he prendido las letras de un papel, y entonces me he girado, he visto a Ricard por primera vez y no lo he reconocido.

Le aprieto el brazo por si se sobresalta y se despierta. Pero vuelvo a incomodarme. Porque nunca lo había tocado, solo cuando de pequeña me pasaba el pan y su tacto y el mío coincidían un instante en el aire. Y si ese contacto, tan insignificante, resultaba para mí revelador, era porque entre su cuerpo y el mío existía una separación. Quiero decir que siempre estábamos un poco lejos, lo cual no significa para nada que lo sintiese lejos, solo que, si me cogía de la mano, yo era muy consciente de que me la cogía. No éramos como esa gente que se abraza: nuestro amor era una espina de pez. Me siento en la punta de la cama, el colchón se hunde y su enorme caparazón se balancea. No hay nadie, pero miro de reojo hacia la puerta. Cuanto más cerca estoy de él menos miedo tengo, como si el miedo fuera solo cuestión de distancia. Respira más tranquilo, por eso las manos ya no me tiemblan. No sé cómo

deciros que siento que estoy junto a un misterio, y que lo que hace un instante me daba pánico ahora tiene el efecto del fuego. Estiro un pie y después el otro, vigilando que nadie entre y que él no se despierte. Hundo la cabeza donde no hay almohada, porque las dos están bajo su pelo. Tiene los ojos cerrados; yo, abiertos. ¿Es eso lo único que nos diferencia? Quién sabe si no estarás viendo más cosas que yo. De perfil, su rostro es aún menos su rostro: tiene la nariz chata y ancha, pero su piel parece de cera, de mentira. Y la ceja fruncida en una expresión de desacuerdo, y los labios medio abiertos por mi lado, como si quisieran decirme una última palabra: ¿cuál? Y la oreja todavía atenta: ¿Qué más te falta por escuchar? Estoy junto a alguien que es más cadáver que persona. ¿Qué lugar te espera, Ricard? ¿Es difícil llegar? ¿Me cuidarás desde allí? Y con una voz que es la mía me oigo decir lo que nunca le habría dicho: Te quiero. Y las palabras, tímidas pero ya dichas, caminan sobre los dos palmos de sábana y entran en su oreja gigante, en su cuerpo quieto.

Uno no elige la cama en la que morirá, porque ya me diréis quién va a pensar en eso. Puedes dar las gracias si te duermes donde has dormido cada noche. Tampoco piensas en quién estará sentado a tu lado. En quién será capaz de soportar el peso de esta espera indeterminada, en quién entrará, agachará la cabeza y saldrá, en quién encontrará una excusa para no venir y una vez que reciba la noticia se sentirá aliviado y arrepentido. ¿Quizá habrías preferido que en mi lugar estuviera la mujer que te dejó? ¿O tu hijo? ¿O alguien que no conozco? Da igual. Al final, no somos dueños de nada, ni siquiera de nuestras decisiones, o sí, pero no demasiado: todos, de entrada, ya estamos hechos de una madera o de otra. ¿Tienes frío? Y pienso que sí, pero espera: ¿en qué momento me he apropiado de tu pensamiento? De encima del armario hago caer la manta que un invierno fue suave y este diciembre está áspera. La agito en el aire y los bordes deshilachados aterrizan en esos pies que no volverán a caminar. Pero ¿cómo que no? Ricard, ¿soy yo quien te está haciendo morir antes?

Estabas fastidiado de verdad y nadie lo sabía. Te dormías

sobre la mesa de la cocina, no aceptabas que tenías fiebre, que algún mal te enlentecía, te despistaba y te anulaba, y abrías la verja de la calle y volvías a entrar. Y olías mal, y te orinabas encima, y no entendías casi nada, y cogiste el teléfono pero no marcaste ningún número. Roser te encontró todo manchado en la cama. Diste un grito y tu voz robusta sonó a cachorro desamparado: ¿Tú quién coño eres? Y del esfuerzo te quedaste sin palabras. Y desde entonces se te han acabado. Y las pestañas de arriba tocaron a las de abajo. Y ella corrió a llamarme. Juraría que incluso en el Ay, mi niña, no te lo vas a creer había la alegría de poder dar la noticia. Y juraría que después de llamarme a mí llamó a todo el pueblo, casa por casa, para contarlo todo de tal manera que acabaran felicitándola: Oh, si no hubiera sido por ti. Y la muy carroñera presumirá ya para siempre de haberte encontrado medio muerto. Es que no la soporto, es repugnante. Y, además, ya me dirás por qué te ha tenido que poner una bata, ¿no ves que se ríe de ti? Es que vestido así pareces un enfermo.

2

Enciendo uno de los cigarrillos e intento no pensar en nada para no pensar en la vida perdida que tengo. Sin rumbo —¿Dónde me toca ir? ¿Por qué sueño se supone que me he de prostituir?—. Porque si empiezo a pensar en eso me deprimo un montón y entonces no tengo ganas de moverme ni de nada. Y me trae sin cuidado si se muere uno o el otro.

Fumo, dejo caer la ceniza en el fuego, y pienso en ti, que no te conozco pero no sabes cuánto te necesito. Cómo me gustaría tocarte, que me tocaras, y que con las manos me atravesaras la piel hasta llegar a la capa más profunda, allí donde no llega nadie, ni siquiera yo. Que a través de una escalera de caracol bajases al sótano de mí. Y que con una vela, porque de tan oscuro no verías, me descolgases esta pena triste que me acompaña allá donde voy. Y te abrieses camino a través de las personas muertas que malviven en mí y de las que ya nunca volverán. Y avanzaras entre los charcos, la llovizna, las estalactitas, y borrases lo que ya no y me hicieses creer en lo que tal vez sí. Y palpando las paredes, me abrieses una grieta y se filtrase la primera luz, la que te enseña que allí donde jurabas que no quedaba nada hay un nuevo futuro.

Fue ayer. La luna rozaba el terciopelo de la cortina y eso quería decir que la noche estaba a medio hacer. Yo estaba sentada al borde de la silla: cuando la respiración de Ricard rozaba la agonía, me creía la agonía, y cuando volvía a la quietud, me creía la quietud. Todo lo que sentía seguía el ritmo exacto de aquella panza de barco, y cuando le faltaba el aire a mí también me faltaba, y para despertarlo, entre penumbras, le insistía: Soy yo, pero cada vez yo era más él. La puerta de abajo se abrió de golpe. Era Roser: ¡Ya estoy aquí! Subió las escaleras de una forma ruidosamente ofensiva, tendría que haber subido de puntillas, ¿no

se daba cuenta? Por el pasillo, sus pasos se acercaban invasivos, bastos, patosos: ¡Ya estoy aquí! ¡Ya estoy aquí! No llamó a la puerta, por supuesto que no. Le dio al interruptor y yo, deslumbrada, me tapé con el brazo: ¡Ya era hora de que vinieras! ¿Qué haces con la luz apagada? ¡Pero si no has cambiado nada! Un poco más rellenita sí que estás, eh. Y se fue directa al armario. ¡Pero cuánta porquería! Y con una repulsión exagerada, descolgaba una camisa tras otra y la arrojaba a los pies hinchados de Ricard. Venga, venga, y no se callaba: frase que se le pasaba por la cabeza, frase que tenía que soltar. Y la camisa que dio por buena se la dobló en el brazo, y la cazadora la dejó caer sobre una palangana, donde echó un chorro de jabón. Venga, venga. Y las zapatillas, y el tabaco, todo lo metió en la bolsa de basura. Y entonces se dio cuenta de que yo estaba allí, sentada, de lado, como apartándome de ella. Con sus manos mojadas agarró las mías y me miró con la mirada que pone la gente que piensa cosas que no son. Y gimoteó: Lo siento mucho, mi niña. ¿No te sientes sola? Y se sintió sola imaginándose en mi lugar y los lagrimones empezaron a resbalar por sus mejillas. Y aquel llanto feo le desfiguraba el rostro, y entonces pude ver su cara real, y sentí lástima de ella porque me di cuenta de que no era mala, sino que no daba para más. Y venga a comerme la cabeza: Mi madre, que en paz descanse, tardó sesenta y un días, ¿sabes? Y del bolso de brillantitos sacó un rosario y, con la mejilla húmeda y ese jersey lila que la embutía, rezó por él, aunque en el fondo rezaba por su madre. Padre nuestro que estás en los cielos, decía mirándolo con profunda pena. Y, de repente, cambió de ánimo como quien cambia de emisora: Tendríamos que encargarle unos zapatos, estos están hechos un asco, es que no sé cómo podía ir así vestido, ay, si lo hubieses visto como yo lo vi cuando llegué, le tendría que haber hecho una foto, no sé cómo no se me ocurrió, estaba fatal, mi niña, fatal, tan hombre que era y ni siquiera se aguantaba los pedos. Y soltó una carcajada que dejó entrever la maldad transparente de los imbéciles, esa que de pequeña me daba tanto miedo, porque alguien que se ríe así puede ser capaz de cualquier cosa, y eso era algo que entonces yo ya veía. Y enchufó la plancha, desplegó la tabla y se puso a cantar, e

incluso vi cómo sus piernas bailoteaban. Y con el vapor sobre la camisa de rayas, mirándolo como si mirase un pescado en el mercado, dictaminó: Uy, esto en dos días ya estará, ¿no ves cómo ya le cambia el color? ¿No crees que tendría que maquillarlo un poco? ¿Ya has avisado para que tengan listo el agujero? ¿Sabes de qué año era? ¿Encargarás tarjetitas? ¡Ponles un pajarito, que siempre queda bien! Y mirando la oreja de Ricard pensé: ¿Pero esta mujer está bien de la cabeza? Nunca os fieis de los que lloran con facilidad, no lo hagáis, de verdad, son los mismos que, si os descubren un secreto, lo utilizarán en vuestra contra. Y sí, debería haberle hecho un gesto para que saliera al pasillo: ¿No ves que te está oyendo? Pero no podía porque hay momentos en que las palabras se me atragantan. Y me quedé con la frase trabada en el cuello, sintiendo como lo que no dices es lo que te ahoga. Mi madre tardó sesenta y un días, ¿sabes cuánto tiempo es eso? Si al final se le ponían las moscas en la boca y yo tenía que ir aplastándolas, ¿y sabes quién lo pagó todo? Pues yo, porque ella no tenía nada, eh, si parecía una santita con la mantilla que le cubría el pelo, y, eso sí, de caja la más barata, que allí abajo todo se pudre. Cuanto más hablaba, más se encogía el techo. La veía como apartada, con los brazos hinchados, derecha izquierda, derecha izquierda. Y me puse de pie, y ella levantó la plancha. Y no quería dejarlo allí, agonizando con la puñetera bata. Pero acababa de llegar a aquel pueblo y ya necesitaba largarme. Y solo pude decir: Ve añadiendo troncos. Y ella, dándole una vuelta más a la bufanda: Qué tontería, pero si aquí no llega el calor.

Desde la verja, me quedé quieta mirando cómo el escaso viento movía las ramas desnudas. A veces me quedo quieta mirando cómo se mueve lo que parece que no se mueva hasta que veo que se mueve y entonces ya puedo moverme. Fui al bar de la esquina, donde se reunían cuatro hombres con aire de procesión y descargo. Y al abrir la puerta, sonó la campanilla que colgaba justo encima, tilín-tilín-tilín, y pedí un whisky solo. Lo mantenía un instante en el paladar y al tragármelo me quemaba las costillas. Pedí otro. El camarero, un hombre rechoncho de bigote frondoso, me dijo: Chica, ¿estás bien? Y yo: ¿Que no lo ves? Se echó a reír

con su boca maloliente. Bueno, no llegué a notar el olor, pero solo le quedaban seis dientes y tenían la raíz de un verde carcomido. Joder, qué asco me daba. Y aunque nadie le hacía caso, iba repitiendo: ¡Mirad esta, mirad esta!, y me sirvió otro hasta arriba, como poniéndome a prueba. Puta destrucción. Todo fue un poco así: iba haciendo sin pensar demasiado. Y la música estaba alta y ya me iba bien. Me sentía desolada, totalmente desolada. Mi abuelo, la única persona a la que quiero, se estaba yendo y yo había sido incapaz de quedarme a su lado. Mierda, digámoslo claro: lo había abandonado nada más llegar. Me había escapado como siempre me acabo escapando de todo, porque los que vamos de valientes no somos más que cobardes con orgullo, y porque ya me diréis quién es tan valiente como para quedarse quieto esperando un final. Pero, de pronto, entre aquellos rostros de borrachos, ya sabéis, esos que de jóvenes tenían cierto encanto pero se han hecho mayores y ahora tienen los pómulos chupados, me di cuenta de que estaba en el punto cero: en el pueblo donde él me crio. Cuando vuelves al lugar de partida, es como si todo lo que hubieses vivido entremedias hubiese sido un sueño y no quedase más prueba que cuatro imágenes borrosas. Y las imágenes no las puedes coger con la mano, no puedes enseñarlas, no puedes decirle a alguien: Mira, mira, esto que tengo en la cabeza es todo lo que he vivido. Te las guardas para ti y si hace falta te las bebes, sí, eso mismo, te emborrachas. El caso es que en aquella taberna cochambrosa había diez hombres con el rostro, el cuello y las manos grises: cinco miraban con aire triste la ventana sin estrellas, y los otros se movían atolondrados o, más bien, como personas a las que les has cortado la soga antes de que se suiciden. A un cojo, al hacer el gesto de brindar, se le cayó la cerveza y, contento, recogió los pedazos de cristal, los dejó sobre la barra y se lamió el corte que se había hecho, y vi que tenía las puntas de los dedos como de mortero. Y yo ya iba por el tercero y, pese a la algarabía, empecé a sentirme tranquila, porque aunque no les dirija la palabra, me siento bien entre extraños. Y se abrió la puerta, que hace un ñec-ñec cuando alguien la empuja, y sonó la campanilla, tilín-tilín-tilín, como un aviso, pero solo yo lo oí, lo sé porque fui la

única en girarme, y vi a contraluz tu pelo alborotado, como el de un loco que acababa de rebuscar en las basuras o de recorrer medio mundo, y el abrigo hasta los pies, y un rastro de ojos de mina entre el flequillo. Primero vi tu contorno, después imaginé tu interior. Y te miré como quien observa no un milagro, pero sí la luz que se cuela por las grietas de un jarrón roto, porque todo me parecía negro, todo menos tú, diamante de carbón. Y te acercaste a la barra, y con la voz amortiguada por la música pediste lo que querías, y el camarero cogió un vaso de debajo del mostrador y con las manos sucias le puso un hielo y un chorro de licor. No te sacaste la mano izquierda del bolsillo: ¿qué guardabas allí que fuera tan importante? Tus ojos solo se fijaban en lo que bebías: ¿qué veías en aquel hielo? No bailabas, pasabas de todo aquel grupo de estúpidos: ¿verdad que, como yo, piensas que todos son estúpidos? ¿Verdad que este mundo tampoco está hecho para ti? ¿Verdad que te inventas a otros?

¿Eras real? ¿De dónde habías salido? ¿De aquel pueblo de chiflados? ¿Te habías perdido? ¿A quién habías perdido? Y miraba el puño y había un botón cosido en cruz. Y miraba el arco de tu cuello y pensaba: aquí estará mi boca. Pero me intimidabas, era incapaz de decirte nada más allá de lo que te decía con el pensamiento desde el taburete de al lado. Todo el mundo fumaba y tú vivías entre el humo, y cada vez que te miraba te veía diferente, y cuanto más eras otro más te deseaba y más pensaba a ver quién serás después. Y me esforzaba por aguantar una mirada que no me devolvías: ¿sabías que existía alguien a tu lado? ¿Me notabas? Y, tonta de mí, me miré las manos para asegurarme de que no fuera invisible. Pero ¿qué tenías, que me atraías? ¿Qué fuerza me empujaba hacia ti?

Por el lío de nudos de tus zapatos, pero sobre todo por cómo te encerrabas en el abrigo, tuve claro que eras un vagabundo. Que dormías en estaciones, aceras y bancos, y que eso, aunque a los otros les despertara lástima, te importaba muy poco. Que lo que te asustaba era tener un lugar en el que quedarte, un alguien con quien decir para siempre. Que eras altamente sensible ante cualquier indicio de cadena, y que si te preguntaban de dónde eras,

respondías el nombre de un pueblo pero pensabas: De allí adonde todavía no he llegado. Era evidente, por tanto, que estabas aquí de paso. Que en un momento de debilidad, acomplejado por no hacer lo que todo el mundo hace, te habías plantado en una casa y le habías regalado un anillo a una mujer a la que no amabas. Pero que habías provocado una desgracia, como por ejemplo un incendio, para que te cambiaran el aprecio por el odio y pudieras volver a tu condición de fugitivo. Porque preferías ser un forastero en otra tierra que sentirte extranjero en la tuya. ¡Si te vas, ya siempre serás un cobarde!, te gritaron desde lejos, y tú, sin decirlo, contestaste: Lo sería si me quedase. Hacía un montón de años que recorrías el mundo en silencio. Incluso te habías acostumbrado a que la gente, a tu paso, cerrase con dos vueltas de llave: ¡Cuidado! ¡Es un ladrón! Y cuanto más sucio ibas, más piedras te lanzaban. Pero, una vez, una mujer se abrió paso entre quienes te calumniaban y te dijo: Ven, que he preparado cena y tengo una habitación en la que no duerme nadie. Y cuando en la mesa se lo agradeciste, te contestó: Lo he hecho porque sé que tú también lo harías. Y fue así como descubriste que hay una lengua que está por encima de cualquier lengua: la de los ojos. Que la vestimenta engaña, pero las caras no: son el mapa donde todo lo puedes leer. Te enamoraste, quizá de la voz, quizá del gesto, quizá de la excepción. Y mientras a su lado te crecía la fuerza del amor, también te crecía la de la destrucción. ¿Y cómo podías explicarle que necesitabas irte? Que no era porque no estuvieras bien, sino porque cuando estás demasiado tiempo con alguien notas cómo crecen los barrotes y el techo de una jaula. Para no tener que decirlo, no dijiste nada. Te escapaste en esa hora del amanecer en que todavía es de noche. La dejaste durmiendo, y los lobos aullaron para que no se oyera el chirrido de la cerradura. Y bajo la puerta, no para que te perdonara, aunque tal vez sí, le dejaste una moneda de oro. Era del saco que habías encontrado hacía años bajo aquel sauce al que nadie se acercaba porque decían que los rayos lo habían maldecido. Te llenaste los dos bolsillos y el resto lo arrojaste al río, diciéndole: Repártelas entre quienes las necesiten. Y desde que cerraste la puerta de la mujer a la que amas, a cada

pueblo que abandonas en tu cabeza le prendes fuego, porque la nostalgia es una trampa, y eso lo sabe cualquier vagabundo.

La moneda rodó por la barra en cuatro direcciones. Norte, sur, este y oeste: primero pensé en una brújula, y después, en los lugares adonde podríamos escapar juntos. El hombre del bigote le pasó la mano por encima con una devoción vergonzosa y la enfocó hacia la bombilla para hacerla brillar: ¡Es auténtica! Para evitar que te incordiase con preguntas te diste media vuelta, y el lugar hacia el que te giraste era el lugar en el que yo estaba sentada. Y tus ojos me miraron, nada, un momento, sí, juraría que no fue más que una uña de tiempo. Y me quedé aturdida. Porque en aquellas dos gotas había verdades preciosas y aterradoras, había el infierno, había la belleza más elevada, había tu cuerpo y el mío bajo centenares de estrellas, había una bruja leyéndome el pasado, había una noche, una luna, un impulso que te impelía a marcharte. Me miraste porque tus ojos pasaban por allí. Y yo refugié los míos entre mis manos vacías mientras tú salías y yo era incapaz de seguirte.

Y cuando mis piernas pudieron volver a moverse me apresuré, pero ya no estabas ni a la derecha ni a la izquierda, y por eso no sabía por qué calle buscarte ni qué te diría si te encontraba. Y el camarero de los seis dientes torcidos no paraba de gritar: ¡No ha pagado! ¡No ha pagado! Y volví y lancé una moneda contra su asqueroso bigote: Solo he salido un momento. Y él: Sí, claro, claro. Y me sentí derrotada, o, mejor dicho, atracada. Noté el peso de la soledad, pero no en mis manos, sino dentro del cuerpo, como si cargase con algo más rígido y sólido que la muerte. Y mi alma, inerte, encogida, insípida, se movía como la hoja que sabe que ha sido expulsada de su rama. Y le pregunté al viento y a las paredes y a la acera y a las alcantarillas: ¿Cómo puede uno sentirse abandonado por un desconocido? Y ni el viento ni las paredes ni las ratas me contestaron, y me sentí todavía más ignorada: ¿estaba sola de verdad? Pero noté una punzada. Una voz tras la oreja me susurró: A este hombre lo volverás a ver. Y aunque me hubiera gustado creerlo, expulsé esa idea de mi mente, porque la tristeza

me succionaba y yo solo quería que me tragara entera. Pero dejad que os lo explique: hay personas que cuando las has visto una vez sabes que volverás a verlas. ¿Se trata de un presentimiento? No lo sé. Es como si vuestra historia ya hubiese empezado mucho antes y, al mismo tiempo, ante vosotros, se desplegase la alfombra del futuro. Lo siento así, y tal vez esta convicción es la que lo provoca. Pero no, tampoco: es más puro, una cosa de niños o más bien de magia. O tal vez tengáis razón y sea un engaño, porque de engañarme sé un rato. Pero entonces, nada. Lo que me dominaba era como la lluvia fina, discreta y violenta de una noche que parecía que jamás fuera a terminar.

Regresé a casa, que es la penúltima del pueblo, con trozos de pintura que se caen, y con un jardín que algunos dirán que es decadente, pero os aseguro que es bello como bello es lo que crece a su manera. Todo lo que miraba se volvía triste: el cielo, la luna, la noche, porque la tristeza, ¿sabéis?, podemos esparcirla con la mirada. Abrí la verja de lanzas, me descalcé y, nada más pisar la hierba, note la niebla que allí dormía y eché a correr tropezándome con lo que fuera que escondía la oscuridad. Y con los pies llenos de rasguños, el dolor de dentro lo hice existir fuera. Unos cuervos dibujaban círculos sobre mí, y haciendo círculos me siguieron. Me detuve frente a la balsa para ver si la luna se movía sobre el brillo de las algas, y tiré una piedra: ¡Muévete! Partí una rama con la rodilla y, al entrar en la habitación, la arrojé sobre las brasas, donde justo delante mi abuelo no quería morir, y la pánfila, en la silla, con la cabeza inclinada y el rosario colgando, roncaba. Y abrí las dos palmas y se me calentaron las manos, que eran el espejo en el que me había reconocido y en el que había visto cómo te marchabas.

3

El caminito del jardín lo marca la hierba pisoteada. La de los márgenes me llega hasta las rodillas, de pequeña me escondía ahí y, a gatas, me abría paso sin saber dónde llegaría. Entre las rejas asoman unas cuantas piñas, las de los tres pinos. Un poco más hacia dentro están los dos robles y, tocando a la ventana de Ricard, el cerezo. En la pared del porche, que la luz de la mañana vuelve de un blanco roto, están colgados el hacha, la azada, la sierra, el pico, el martillo, el nivelador. Tu taller, todavía. Y el cubo de fregar con cientos de tornillos y llaves, que separabas con la mano, y el montón de troncos que dejabas secar para cuando llegara el invierno. En el centro, el que había de ser tu proyecto: una mesa del revés con tres patas fijadas y la cuarta junto a un bote de cola con un pincel apelmazado. En las esquinas de la mesa hay polvo de madera y rizos de astilla que arderían bien. Por la ventana se ve la montaña de platos del fregadero y la silueta de Roser, que habla por teléfono mientras se saca algo de entre los dientes. Entro como he salido hace un momento: sin decir nada. Ella, con esa voz aguda que si la oyeseis os juro que no la soportaríais: ¿Cómo quieres que haga una cosa así? ¡Ya me lo merecería, ya! ¡Para colmo me he pasado toda la noche despierta en una silla! Tres jerséis llevo, ¡tres! No es por trabajo, ¿cómo quieres que no esté a su lado después de tantos años? Gracias, hago lo que buenamente puedo, no, no, pero si me trajeses algo de comer, qué va, tampoco hay para tanto, pero es que si lo hubieses visto, es que no me lo puedo sacar de la cabeza: lo encontré allí, acurrucado, y el pobrecito... Vaya plomo de mujer. Debajo de las escaleras está el cuarto que me hiciste levantando una pared, donde he pasado buena parte de la noche mirando los escalones, porque no podía dormir de tantas cosas que pensaba. Subo a la habitación. Solo he salido un momento y te

encuentro más flaco: cuando no estoy vigilando, lo que tienes dentro se apresura a comerte.

De un segundo a otro estoy segura de que pasa más de un segundo. No puede ser que este reloj tuyo vaya bien: he contado hasta un minuto en voz alta, al ritmo de la aguja, y era demasiado lento. ¿Pero cómo no va a ser lento si debe de hacer cuatro horas que estoy quieta en la silla? Este tiempo vacío es insoportable. Todo el mundo, al despertarse, tiene algún lugar al que ir, incluso hay quienes echan a correr para no llegar tarde. Pero si nadie tuviera nada que hacer, ¿qué quedaría? Todo un pueblo sentado en la silla. ¿No es la vida, la distracción? Entretenerte con pequeñeces, inventarte problemas, creerte importante, llorar por verte miserable. Y la cuerda se va acortando, y quizá piensas que eres afortunado o que no hay nadie más desgraciado que tú, pero no piensas en que esperas, y mucho menos en que los días se van arrancando hasta que llega un día en que solo te queda uno. Y quién sabe cuántos me quedarán: ¿dos mil? ¿Once mil? ¿Doce? En eso no se puede pensar, porque acabaríamos contando y contar no es bueno. Pero aquí estoy yo, contando en voz alta. Quieta, como una niña castigada, como una viejecita enlutada. Si estuviese en tu lugar, seguro que no pensaría en nada de esto. Pero estoy aquí, siendo testigo de un sufrimiento que no acarrea más que sufrimiento. Y cuando consigues coger aire, resulta que necesitas más. Y yo, en la silla, esperando. Y me siento muy mal, te lo aseguro, cuando me doy cuenta de qué es lo que espero. Pero ¿no sería mejor si se acabase ahora mismo? Seguro que tú no querrías verte así. Pegadme un tiro, dirías, o si tuvieses una escopeta te lo pegarías tú mismo, o serías capaz, si te despertaras ahora, de pedirme que fuera yo quien lo hiciera. No, si no me lo pides no lo haré, pues claro que no, ¿cómo quieres que te apunte con una escopeta? ¿Y esta fuerza que haces con el puño? ¿Con quién luchas? ¡Va, destrózala! O no, no, no lo intentes que te vencerá, haz las paces con ella, dile que se vaya de dentro de ti. Sí, lejos, muy lejos, ya volverá más adelante, y dile que nos lo tomaremos

como un aviso, que intentaremos vivir mejor y todo eso. Pero es que es tan ofensivo, no para mí, sino para ti. Qué digo ofensivo, es una burla, como la puñetera bata. Es que no sé por qué la mujer esta ha tenido que ponerte la bata de los cojones, debería decirle que se vaya y no vuelva, pero cómo voy a decirle que se vaya si ni siquiera soy capaz de dirigirle la palabra, es que la odio, a la muy desgraciada, y encima fue ella la que te encontró y me llamó, y si hubiera venido antes quizá ahora no estarías así, y no. No. No quiero que te vayas. Sigue aquí el tiempo que haga falta, como si quieres quedarte ya siempre así. Y pasarán los años y haré fuego y te acercaré el agua a los labios. Pero es que querría que bajásemos a la cocina y que con los dientes le quitases la piel a un ajo y nos pusiéramos a tostar una rebanada de pan. Ricard, dime qué puedo hacer para que abras los ojos, te sientes en el borde de la cama y me preguntes: ¿Cuánto hace que has llegado?

Lleno el vaso en la pila y lo inclino hacia tus labios, pero los tienes cerrados y el agua se escapa cuello abajo. Te limpio y, con la misma toalla, froto el polvo rojizo con el que la pánfila te maquilló los puños, y, poco a poco, recuperan el tono blanquecino del brazo. Sobre las piernas tienes la camisa de rayas planchada, la cazadora un poco húmeda, unos calzoncillos con manchas de lejía, dos calcetines finos del mismo par, unos pantalones de hilo que vete a saber de quién son y unos zapatos relucientes que seguro que te van pequeños. Solo te falta la maleta y salir de viaje. Lo tiraría todo al fuego. Pero ¿qué se piensa, que no te enteras de nada o qué? Ojalá te despiertes y la eches. No, no puedo. ¿Cómo quieres que yo te cambie? Lo haría si no hubiera más remedio, pero seguro que tú no querrías. Mira, sabes qué, lo escondo todo debajo de la cama. ¡Que le den!

En la rama que hay junto a la ventana se han posado cuatro cuervos; son de un negro tan intenso que el cuello les brilla. Doy un golpecito en el cristal, pero, en vez de asustarse, uno de ellos alza el pico, me enseña las alas, y me quedo impresionada al ver hasta dónde llegan. Roser ha llamado por teléfono a la abuela. Ya sé que no tienes ganas, pero ha tapado el auricular y me ha dicho: Ha llamado ella, y se ha recolocado un tirabuzón detrás de la oreja

y, cogiendo el estropajo, ha hecho como que limpiaba el fogón. Y yo: ¿Diga? Y con su voz de metal: Iré hoy. Y no he sabido decirle que te acababas de morir, porque entonces habría venido igualmente y habría visto que no, o incluso me habría sentido culpable si te hubieras muerto justo entonces, o la chismosa esa la habría llamado otra vez. Solo he contestado: De acuerdo. Qué querías que hiciera, si ni siquiera me he atrevido a preguntarle a qué hora vendría. Y sin decirme adiós, ha colgado.

Llevo ya quince cerillas y solo consigo hacer humo, vaya cabreo pillarías. ¿Cómo lo hacías para que el fuego se mantuviera encendido incluso cuando te ibas? Es como si pudiera verte, agachado, con tu espalda ancha, las piernas abiertas y murmurando: Cuando una ramita prenda, haz que prenda por un tronco. Ricard, ¿alguna vez te has quemado solo por alguien? Pero no dices nada, solo respiras.

Cuando permanecías callado durante mucho rato quería decir que tenías la cabeza en otro lugar, y si callabas aún más era que estabas enfadado y entonces todavía tenías que callar más para que se te pasara. ¿Qué quiere decir ahora tu silencio? Y el corazón me da un salto: ¿cómo era tu voz? Y me concentro, pero no suena tal como era. O sí, pero cuando creo haber dado con ella, enseguida se me escapa. Solo la encuentro en las frases que más me decías: ¿Quieres un poco de vino? Y entonces, en mi cabeza, te hago repetir: ¿Quieres un poco de vino? ¿Quieres un poco de vino? Tu oreja, enorme, me mira. Y ahora que no hablas es cuando me resulta más fácil hablarte. Decirte que me siento extraña, porque solo llevo aquí desde ayer por la noche y ya me he acostumbrado a verte así, y es como si el que eras ya no existiese y siempre hubieses sido el que eres ahora. Y ya sabía que algún día ocurriría, pero más adelante, y que me llamarían para anunciármelo, pero no para verlo. Aunque tal vez sea una suerte ser la última persona que estará a tu lado. ¿Sería excesivo pensar que me has elegido a mí? ¿Que a través de Roser me has hecho venir? ¿Sabes?, a veces me he preguntado si, durante todos aquellos años, no fui un estorbo

para ti: ¿verdad que no? De pequeña tenía ganas de decirte: ¿Quieres que me vaya? Pero no te lo decía, por si me decías que no, pero la arruga que se te marcaba sobre el labio me respondía que sí. Ricard, ¿cómo es que solo nos atrevemos a ser sinceros cuando el otro no puede contestarnos? ¿Por qué nos dan miedo las respuestas de los vivos? ¿Por qué dejamos que las preguntas se acumulen en nuestro interior? ¿Tú, con cuántas morirás?

Un día eres una niña y otro una chica y otro una mujer y otro una vieja. ¿Qué es el tiempo? ¿Es cierto que no siempre va hacia delante? ¿Cómo puede ser que la leña que guardabas para cuando llegara el invierno la esté quemando yo? Me asusta ver cómo el pasado se va haciendo grande y grande y grande hasta que pasa por encima del último presente y se nos lleva. Dime, ¿en qué lugar sobrevivimos? ¿Qué queda cuando todo se ha quemado? ¿Qué sentido tiene toda esta gente que viene y después se va? Abuelo, ¿por qué estamos tan solos?

4

En este pueblo habéis vivido todos. Si alguna vez regresáis, lo reconoceréis enseguida: hay un chatarrero que empuja el carro con los relojes que ha robado y grita: ¡Tengo tanto que hacer! ¡No consigo atrapar el tiempo!; hay una mujer que acude cada día a la estación y, cuando ve llegar el tren, se asusta y vuelve corriendo a casa; hay un hombre que se ha esposado las manos y culpa a todo el que pasa por su lado: ¡Desgraciado, devuélveme la llave!; hay una niña que juega sola y que jugando sola se ha vuelto vieja; hay viejos que, al mirar a los niños, no entienden que sean ellos los viejos. Y en el centro hay un péndulo que explica la vida de todos: Aquello de lo que escapas es aquello a lo que volverás.

Está la montaña desde donde baja la niebla, lenta y blanca, y también el río, que bordea el pueblo. A cuatro pasos del agua, subiendo la pendiente, está el cementerio. No os penséis que es inhóspito, ni mucho menos tenebroso: te sientes bien allí, siempre te encuentras con alguien. Cada amanecer, una señora con delantal, de pie frente a la cruz de una tumba, le hace preguntas a su marido: ¿Crees que este año las patatas del huerto saldrán buenas? Y acerca la oreja al barro: Tienes razón, las regaré más. Para que os hagáis una idea, no debe de haber más de treinta casas. Ah, y que no me olvide: en la tienda, la única tienda, hay una gitana, ciega y pequeña, que tiene unos setenta años pero parece que tenga cien, y que a los diez perdió los ojos porque no le hacían falta: ya veía con las manos. Lleva un pañuelo que le oculta la cara, y como se le oscurece, no le ves ni la nariz ni la boca, solo atisbas, de vez en cuando, el reflejo de dos bolas de cristal. Es una tiendecita pequeña, hecha con listones de madera. Para entrar tienes que agacharte e ir con cuidado de no tirar la maceta de pensamientos, que son como mariposas inmóviles con un ala lila y

la otra amarilla. A un lado están las cajas con las manzanas, y al otro, una neverita de aquellas bajas y antiguas que cuesta abrir: en el estante de arriba hay quesos, mantequilla y leche, y en el de abajo, piezas de pollo, jamón y salchichón. Detrás del mostrador hay un anaquel con vinos, pan y una caja con paja y huevos, y justo debajo, en un rincón, el colchón donde duerme, con papeles de periódico que utiliza de sábana, una chaqueta doblada que le sirve de almohada y un jersey que es la manta. Al lado, donde podría tener el retrato en blanco y negro de un hombre, tiene un gramófono que funciona dándole cuerda. Desde fuera no diríais que es una tienda, sino más bien la casa de alguien que no tiene miedo, porque en lugar de puerta hay una cortinilla de hilos trenzados que dan un suave aviso cada vez que alguien entra. Antes de que pudiera darle los buenos días, ha terminado de envolver un bocadillo con papel marrón y, sin que se lo pidiese, me lo ha ofrecido. Le he tendido el dinero y, al palparlo, lo ha apartado ofendida: No me des nada. Y en los dos mundos de cristal he visto mi reflejo: Tú solo tienes que recibir.

Te busco caminando hacia delante y mirando hacia atrás cada dos por tres. Cada casa podría servirte de casa, es esto lo que me vuelve loca. Y miro las ventanas como las miraría un ladrón, y los que pasan cerca desconfían y se apartan de mí. Les diría: Disculpe, ¿no habrá acogido a un desconocido? ¿No habrá visto a un hombre, con un abrigo largo, al que nunca había visto antes? Pero no me atrevo, la verdad es que me cuesta bastante hablar con los demás, sobre todo si he de abordarlos en la calle. Y la niebla que esconde todo lo que está lejos, y si me acerco, no hay nada. Pero: ¿y si duermes junto al río? ¿Y si justo acabas de pasar por la plaza del péndulo? Hace demasiado frío para buscarte, hace demasiado frío para no saber dónde estás. Pero es que resulta tan ridículo: te busco como si alguna vez te hubiera tenido. Oh, dios mío: ¿puedes tener a alguien solo por haberlo mirado? Pero no, no es que te sienta mío, es justo al revés: hay algo muy mío que te he confiado. Aunque me avergüence admitirlo, os lo confesaré: he convertido al

fugitivo en mi esperanza. ¿Y cómo no vas a perseguir la esperanza? ¿Y qué tienen que saber, los otros, acerca de dónde la colocas? Pero ¿dónde estás? ¿Dónde te escondes? Venga, va, aparece un momento, solo un momento, para confirmarme que existes, y después vete. Pero no me dejes así, esperando, esperando, esperando, que Ricard está solo en la habitación y he de volver a su lado.

Por la ventana del porche veo cómo la pánfila, en la cocina, apura el bote de la mantequilla con la lengua. Oh, qué rica está, qué rica está, va diciendo. Me apresuro hacia la habitación: soplo el tronco para reavivarlo y una nube de ceniza se esparce hasta tus pies morados, que sobresalen un palmo del colchón. Te arrimo la silla, yo ya me sentaré en el borde de la cama. La llama toca la rama y, devorándola, alcanza a la de al lado: es así como el fuego camina. Acerco las palmas y me esparzo el calor por la cara. Pensar en ti, fugitivo, es lo mismo: esparcirme la fe por los ojos. Y una y otra vez pienso en cómo entraste en el bar, en cómo sonó la campana, en cómo yo y solo yo escuché el anuncio de una nueva vida. Porque quizá todavía rondas por aquí y no terminas de encontrar el motivo para irte. O quizá, por primera vez, dejarás que alguien se vaya contigo y aprenderé las normas de los que escapan. O quizá ayer, en el bar, con el ánimo decaído, lo admitiste: El invierno es tiempo de quedarse quieto. Y una y otra vez pienso en cómo apareciste de la nada, porque las cosas más importantes aparecen de la nada, y de la nada se convierten en un todo. Y, tonta como soy, ahora juego a imaginarte, que es la única manera que he encontrado de volver a verte. Con el deseo en los ojos, tanteo el escenario. Y mirando a los cuatro cuervos, porque no es algo para pensar mirando a Ricard, me invento otro ayer para renovarme la memoria. Y vuelvo a estar en la calle, de noche, arrastrando los pies y haciéndole preguntas estúpidas al viento. Introduzco la llave en la verja, pero ni gira ni puedo sacarla. Alguien se me acerca. De reojo, veo que la sombra de un abrigo toca mi sombra. Y la voz de esa sombra me pregunta: ¿Quieres que

te ayude? No, digo demasiado arisca, pero me da igual. No se va y eso hace que al final me gire: ¿No te he dicho que no? Al verte, la llave da media vuelta, como si la casa se hubiese aliado contigo, y también conmigo. Y borracha de la mentira que me he contado y tragado, me digo que hay cosas que no pueden ser y son. Y que si existen las desgracias, también deben de existir los milagros: uno, aunque solo sea uno, pero que valga por todos: por los que no he tenido y por los que quizá tendré más adelante. Sí, a tomar por saco el futuro, que se junten los milagros del año que viene y los del otro y que hagan uno, uno de esos que cuando los tienes delante te hacen decir sin que te dirijas a nadie: Parecía imposible.

Lo que pasa es que me proteges. Porque si solo viese lo que hay fuera no lo podría soportar: un techo que no se acaba nunca, el frío que se cuela por debajo de la ventana, las baldosas sucias, la exigua llama, Ricard esforzándose por tomar aire. Y tú estás a mi lado. Y a pesar de sentirte, vigilo si tu carne pasa por el trozo de calle que puedo ver a través del cerezo que ha perdido todas sus hojas porque es la ley del invierno.

Os preguntaréis quién soy, de dónde salgo. Un día mis padres me abandonaron y otro entendí que yo era como ellos.

Suena el timbre. A la pánfila, con los morros embadurnados de mantequilla, se le movilizan los sentidos: ¡Es ella! ¡Es ella!, y aplasta las hierbas de los márgenes con los tacones. Abre la verja y hace una reverencia, pero el tercer cuervo me los tapa. Espero en mitad del pasillo, frente al recibidor. Ni se imagina cómo me lo encontré, pobre Ricard, pero hice todo lo que tenía que hacer: lo cambié, le di la sopa, ¿no se da cuenta?, si no llega a ser por mí ya estaría muerto, y, escuche, la he llamado cada día, ¿cómo es que no me ha respondido hasta hoy? ¿Acaso estaba fuera? ¿Dónde ha ido? Entra la punta de un zapato y, un buen rato después, el otro. Es ella, pero no es como la de aquel día. Tiene diez pelos amarillentos y encrespados, una joroba como la de los cuentos, un abrigo de piel de zorro y un bastón con la empuñadura plateada. Para mover la cabeza tiene que mover toda la carcasa. Con la

cabeza a la altura de la cintura, repasa, compara y, mirando con desprecio la habitación de debajo de la escalera, dice: ¿Qué es esta chapuza? Levanta las cejas para levantar el cuello y se encuentra conmigo agarrada a la barandilla del pasillo, pero yo no veo sus ojos, solo dos bolsas que se desprenden hasta la mitad de las mejillas. ¿Tú no sabes que cuando viene alguien debes salir a recibirlo? ¿Cómo se te ocurre enviarme a esta? A su lado, su hijo, mi padre. ¿Dónde está?, pregunta. En la habitación de arriba, le dice la tontaina, que se abstiene de llamarla señora como venganza, y que ahora da lástima porque parece una niña a punto de echarse a llorar. Tendrías que haberlo puesto abajo. Clava el bastón en el primer escalón. Levanta un pie y, una eternidad después, el otro. Pese a la gran roca que carga en la espalda, no mira al suelo, sino a mí, fijamente. Cuando solo le faltan dos escalones entreveo sus esmirriados ojos: dos balines de caza azules. Aprieta los labios, con las muelas de oro en el interior. Son unos labios finos, tristes, de una tristeza no espontánea, sino forjada a través de los tiempos. ¿Será que la cara que más pones a lo largo de la vida es la que se te queda impresa al envejecer? Va tan encorvada que el collar de perlas no reposa sobre sus pechos, sino que se balancea en el aire. Os haríais cruces de lo demacrada que está y la presencia que tiene. En el dedo lleva un anillo que indica que ha tenido un segundo marido. En el lóbulo descolgado, un pendiente esmeralda, y pegada al pecho, la medalla ovalada de una virgen rezando. Su hijo, detrás, obediente como cualquier hijo al que su madre le ha inculcado que siempre estará en deuda con ella, no se le adelanta, incluso se espera un poco para que no parezca que le da a entender que va lenta. Y ella: El jardín está hecho una porquería y esta casa necesita una mano de pintura. Y mientras me adelanta a cámara lenta, me escupe: Cómo puedes ser tan dejada, debería darte vergüenza, desagradecida. Y él, que me mira con extrañeza, lo repite: Debería darte vergüenza, desagradecida. Y la pánfila, que espía desde la cocina, ríe y sus gruesas mejillas se le enrojecen de gozo.

El primer día no es el del nacimiento, sino el del golpe. Por eso cada uno se forja sobre la fecha del dolor. A pasitos cortos se

acerca a su pasado más largo, ese que no se cuenta por los años que ha durado, sino por los que ha estado aferrado a ti. Ignora aposta el espejo en el que se peinaba sonriente. Debe de hacer cincuenta años que no se ven. Con el pie del bastón empuja la puerta entrecerrada, que por primera vez chirría, y es como si abriese la puerta de otro tiempo, no sabría decir si remoto o inexistente. Intenta decir una palabra, pero la entrada de la muerte nos enmudece a todos, y el bastón se le cae, y la empuñadura, al golpear contra la baldosa, suena como suena la cerradura de la memoria al abrirse. Dios mío, dice. Las llamas iluminan la joroba inclinada hacia el hombre que la abandonó, pero no echándola de la casa, sino haciéndola invisible. Gracias al fuego, la escena se repite en la pared en forma de sombra. Y me cuesta creer que ella, la señora vanidosa, pueda convertirse en un pollito. Os lo juro: es otra. Con los ojos llenos de lo que solo ella ve, le murmura: Nino. Su hijo me mira desconcertado, baja las escaleras y sale tosiendo al jardín. Y yo los espío por la rendija. Y recuerdo, Ricard, que, arrojando una piña cerrada al fuego, me dijiste que solo lo que se quema se abre.

Con el brazo rígido se quita la manga de zorro, que se le desliza por los pliegues de la falda gris. Con la blusa de volantes, sofocada, tira de su abultado dedo. Ahora lo veo: intenta arrancarse el anillo, que cae convertido en una moneda que rueda y rueda, de baldosa en baldosa, hasta el borde del fuego. Alarga la mano hacia el precipicio, ella sí con valor, y la pasa entre sus cabellos de ceniza. Le musita palabras que no logro entender. ¿Cuánto hace que no lo tocabas? ¿Qué ocurre cuando el hombre en el que más has pensado se muere delante de ti? ¿Qué parte de ti se derrumba definitivamente? ¿Se parece a una derrota o a una liberación? ¿Dejas de pensar en el vacío que sentías cuando se ponía a dormir de espaldas a ti y te abrazabas a ti misma? ¿Dejas de pensar en la avidez con que miraba el escote de las otras y en la absoluta ausencia de deseo que mostraba hacia ti? ¿En cómo te resignabas a quedarte a su lado pese al asco que te daba? ¿Dejas de preguntarte qué otro hombre habría habido si no te hubieses quedado con él? ¿Qué otra casa, qué otro hijo, que otra tú serías

hoy? ¿Muere al fin la esperanza de volver a su lado? No me digas, por favor, que esto que lloras con los hombros es por él. Venga, va, que no se lo merece, ya lo sabes, o quizá sí, vete a saber, existe tanta diferencia entre lo que los otros se merecen y lo que les damos. Pero ya basta, no sigas, que me angustia verte así. Verme en ti.

Tocar es una forma de decir, y hay cosas que solo se pueden decir tocando. Porque las manos claro que tienen voz, y son tan útiles a los que nos falta la otra voz. Hay quien se aferra a ti como si fueses la última rama en el torrente del río, o quien solo con tocarte ya te está dejando. Pero más que la forma es el lugar al que puedes llegar: piel adentro o piel afuera. ¿Son estos los dos tipos de amor que existen? Quizá sí. Y no se trata de una elección, es que va así: querrías llegar al lugar más profundo de alguien, pero te blinda la entrada. Hay capas a las que nosotros nunca podremos llegar, pero otra persona sí, y al revés: tenemos profundidades donde alguien, solo con mirarnos, ya está ahí. Le besa los nudillos de los dedos como haría con los de un santo, y ahora los puños de Ricard tiemblan. Y lo que me daba pena ahora resulta agresivo: si le demuestra lo que siente es porque él, indefenso, ya no la puede rechazar. Si se despertase le diría: ¡Qué coño haces! ¡Fuera de aquí!, o tal vez: Agárrame, no me sueltes. Pero miradla, le está repartiendo el tacto que nunca le dio. ¿Para eso has venido, para vaciar los abultados sacos que hay debajo de tus ojos? Desde el umbral, soy testigo de la última vez que estarán juntos. Aquí, en esta cama donde hace tantos años apareció aquel velo que se iría solidificando hasta convertirse en muro.

Él se quitaba los zapatos, se desabrochaba de arriba abajo la cremallera de los vaqueros y se ponía encima de ella, y, con el rostro hacia la ventana para evitarle los labios, salía, se subía la cremallera, se anudaba los zapatos y se iba. Y ella se quedaba allí, abierta en cruz, mirando el techo. Con la violencia de no haberse sentido tocada, o, más bien, de ser penetrada mientras evitaban tocarla. ¿Piensas en eso ahora? O no, seguro que te estás engañando y de entre todos los recuerdos has apartado los malos y has escogido el invierno en que él te miraba y tú no le hacías caso

porque lo veías poca cosa, y él te insistía y tú, contenta de que alguien te persiguiera con tanto interés, le ibas dejando migajas por el camino. Y un día te dijo: ¿Y si? Y le respondiste que sí a pesar de que aquel sí ninguno de los dos lo queríais entero.

Estás en el colchón en el que hicisteis a mi padre porque lo que tocaba era hacer un hijo. Porque vuestro vínculo se redujo a decir sí a lo que tocaba decir sí. Y con ademán triste hacías volar el mantel sobre la mesa de la cocina, y lo alisabas con la mano, procurando que no quedase ninguna arruga y que los cuadrados coincidieran con el contorno de madera. Y colocabas la cuchara junto a su plato, sobre la servilleta doblada en triángulo, y el pan un poco más cerca de él, y él sorbía la sopa, pero igualmente limpiabas la cuchara, y sacudías el mantel en el porche, y los pájaros se comían las migas y sentías envidia de sus alas. Y así, repitiendo cada día la misma escena, seguías adelante, o, digámoslo claro: empujabas un falso adelante, porque en realidad no ibas a ninguna parte, estabas petrificada, y los días te pasaban volando, eran un visto y no visto, y tenías la espalda recta como un tablón, pero de qué te servía si eras una hormiga desorientada, maquinizada en la rueda de este pueblo, viviendo como si vivir significase colocar la cuchara junto a su plato por los siglos de los siglos amén. Y nada de preguntas: si alguna vez te hacías una, te la sacudías de encima como si una mosca se te hubiera posado en la frente, alejándola de ti, porque era demasiado voluminosa y tú estabas demasiado cansada para afrontar las exigencias de un cambio, demasiado agotada para abrir la puerta y salir, y dónde se supone que debería ir, te decías para frenarte. Pero un día, cuando piensas en ello te dices que desvariabas y entonces le das gracias al cielo por haber perdido la cabeza una sola vez, clavaste una cruz. Todavía ahora te preguntas cómo puede ser que partieras un listón y te olvidaras. Y abriste una maleta y pusiste dentro menos de lo que necesitabas, y en una ejecución lúcida, con un niño en la barriga y un hombre que regresaría y no encontraría ni sopas ni pan sino un final sobre la cama, corriste a esperar el tren que nunca nadie se atreve a tomar y te fuiste lejos, muy lejos, a un lugar tan lejano que pudieses ser otra, como si la distancia con el

pueblo determinase la distancia con el pasado. Un lugar donde pudieses decir, aprendiendo a familiarizarte con el orgullo, que el padre de aquella criatura había muerto intentando talar un árbol demasiado alto.

Abuela, si es que te puedo llamar así, ¿sabes que ninguna muerte es definitiva? ¿Que dentro llevamos personas embalsamadas que, por más que el tiempo pase, reaparecen con el mismo poder? Y poco importa si creías haber dejado todo eso atrás: cualquier sensación de progreso se va a tomar por saco. Yo tampoco alcanzo a entenderlo: ¿cómo puede ser que allí donde clavamos una cruz todavía respire la vida?

El cuervo se estrella contra la ventana. Ella se toca la frente y comprueba si tiene sangre, como si el pájaro hubiera atravesado el cristal. Yo finjo distraerme ante el espejo. Pasito a pasito, jorobada, llega al pasillo. Por el reflejo reconozco su miedo, que ella oculta: Dile a la mujer esa que no vuelva a llamarme. Con el brazo rígido se coloca el abrigo por encima de la roca y se va.

El fuego se puede controlar, pero nunca domesticar: lo creía apagado y, sin mí, se ha reavivado.

Enterré al hombre que quería. Y cuando lo había olvidado, le oí decir ahí abajo: ¡Ven! Y yo le supliqué: Déjame en paz, y desde la tumba que le había hecho sacó las manos y me agarró por los pies. Hubiera sido fácil pisoteárselas, pero dejé que tirara de mí. Y bajo tierra hicimos el amor. Y siendo de nuevo gusano, me alimenté de lo muerto.

La fuerza de atracción también la tiene la destrucción: nos consumíamos el uno al otro, y nunca teníamos suficiente. No era la fortaleza, sino la debilidad, lo que me hacía bajar a su lado. Pero cuando ya no pensaba en ello, Él, como si se diera cuenta, reaparecía. Y me introducía una gota de su veneno y, cuando me marchaba, notaba cómo se dispersaba por todo mi cuerpo, y la añoranza, la necesidad, la mentira, el silencio, la espera, la podredumbre, la adicción se mezclaban. No podía resistirme, no podía envenenarlo yo a Él. Os juro que, de ser por mí, habría

acabado con aquello, pero otra vez os estoy engañando: cuando hace frío, aunque fuera por un instante, dejaría que me abrazase. Y después, sacudiéndome la tierra, os lo volvería a prometer: nunca más.

Fugitivo, ¿me llevarás al pueblo que hay al otro lado del río? ¿Es verdad que allí el pasado no puede entrar? ¿Es verdad que con solo poner un pie allí Él se me habrá borrado? ¿Y que a tu lado, al fin, todo será para estrenar? Pero dime la verdad: los pueblos nuevos, ¿los ves nuevos? ¿Por qué te niegas a volver atrás? ¿Acaso cuando miras adelante no se te aparece el pasado? Tal vez, si te dan miedo los reencuentros, es porque te asusta que esperen encontrar a la persona que ya no eres. Pero, ¿sabes?, los que se quedan quietos también huyen de alguien, van hacia alguien. Todo el mundo se está moviendo, aunque sea con el pensamiento: en círculos, en líneas rectas, en garabatos, en puntitos, nada permanece quieto. Y tú ya puedes moverte, que tus piernas no me engañan: no te has sacado a aquella mujer de la cabeza. Y a través de otras pieles, tocas la suya. Las utilizas, pero ellas no lo saben. Y si eres capaz de escaparte de todas las mujeres es porque creces sobre una añoranza: a las otras las pruebas, al recuerdo de Ella te aferras. Y es así como le eres fiel, solo a Ella, siempre Ella. Cuando estemos juntos yo haré de Ella y tú harás de Él. Y, amándonos, estaremos con Ellos.

5

Ricard, la primera vez que me diste una cerilla me dijiste: Cada uno necesita una desgracia para vivir. Me señalaste el tronco fundamental y me explicaste que hay personas que te queman y otras que te dan luz toda la noche. No entendía nada, pero me gustaba escucharte. Arrojo un puñado de pinaza, soplo y la llamarada hace que aparezca mi sombra sentada en la cama.

¿Te acuerdas? Debía de tener unos cinco años cuando soñé que a la gente del pueblo le crecían las manos. Eran monstruosas. Veinte, treinta señoras metían las suyas en la casa, y un dedo atravesaba la ventana, y dos más arrancaban el tejado y me agarraban por el cuello del jersey, y cuando mis pies ya no tocaban el suelo, me di cuenta de que no tenía pies ni tampoco piernas, sino unas raíces delgadísimas: la prueba de que yo no pertenecía a ningún sitio. A nadie. Y por eso habían podido sacarme de ese modo. Y aquellas raíces se convirtieron en mi vergüenza, algo que debía ocultar, algo que, allí, suspendida en el aire, quedaba expuesto al pueblo entero. Y tú, removiendo el fuego, no te dabas cuenta ni del destrozo ni del auxilio. Y la mano que, como si hubiera cazado un gorrión, apretaba mi cuerpo, desde encima de la casa me obligaba a mirar hacia abajo: ¡Tu padre no es él! ¡Pobre niña, no sabe que no es él! Y me desperté llorando. Y bajaste a la habitación. Tenía las mejillas calientes y me aferraba con fuerza a la sábana, y solo conseguía gritarte entre sollozos: Manos, manos. Para que no tuviera miedo me dijiste: El mañana no lo conoce nadie. Y eso, que podría haberme atemorizado más, me calmó. Todavía ahora me calma, porque me hace pensar que, aunque no lo parezca, pasarán cosas buenas. ¿Acaso no volvemos a ser niños, cuando nos imaginamos el futuro? Tan fáciles de engañar como de ilusionar.

El cuerpo se te vuelve gris, y tus hombros anchos se repliegan. Si te sigues encogiendo, acabarás convertido en una semilla. Se supone que debería haber venido a verte más, y que tendría que sentirme mal por no haberlo hecho. Pero yo no creo en eso. La gente lo hace porque hay que hacerlo, y la mayoría de las veces para no sentirse sola. Y porque piensan que para tener una relación con alguien hay que ir fichando. ¿Por qué no saben quererse de lejos? Te llamaba a principios de verano y por Navidad, y como tampoco sabíamos muy bien qué decirnos, colgábamos enseguida. Y no pasaba nada. Te tenía conmigo. De verdad: estabas todo el rato conmigo. Cuando en una ciudad alta buscaba trabajo y los muy cabrones ni me miraban. Cuando el médico me lo confirmó. Cuando Él se convirtió en un silencio absoluto. Cuando pensaba: ¿Qué pasará, adónde iré a parar? Estabas dentro de mi cuerpo, guiando mis pensamientos, y cuando no me atrevía a dar un paso. Tu voz, desde detrás de la oreja, me empujaba a darlo: No tengas miedo. Y cuando Él me consumía, eras el primero en alertarme: Aléjate. Desde tu soledad guiabas mi soledad, y por eso pese a estar sola no me sentía sola. Es tan poderoso poder contar con quien no está a tu lado. Cuando ya no esté pasará lo mismo, ¿verdad? ¿Continuarás siendo mi aliado?

Sabías de qué árbol eran las ramas, por eso solo utilizabas una, y la partías en dos mitades. Con los bordes de las uñas llenos de tierra, movías los troncos, movías la inteligencia. Cada partida con el fuego era diferente. Nunca encendías la bombilla, decías que se ve mejor cuando no todo se ve. Una noche, en la cocina, cenábamos delante del fuego que conecta con el fuego de tu habitación. Una tostada, el triángulo de queso que cortábamos sobre las baldosas, el ajo y la aceitera que siempre estaba por allí. Dejaste de avivarlo y se fue apagando. No lo entendía, aquel era tu reto. Y la habitación se volvió oscura como el cielo. Me dijiste: ¿Ves que todo está negro? Sí, te contesté un poco más cerca de ti pero no del todo. Y con el lateral de la caja encendiste una cerilla y dijiste: Tú puedes ser un punto de luz en la vida de alguien, y, de pronto, hiciste que el fuego resucitara. Ahora entiendo que me enseñaste a cambiar de dirección: no soy yo, es el otro. Es decir, sé

qué recuerdos guardo de ti, pero ¿y tú, qué pensabas cuando pensabas en mí?

El chatarrero empuja el carro por la acera: ¡Mañana lo haré, escuchadme todos, mañana lo haré! ¡Pero ahora no puedo! ¡No consigo atrapar el tiempo! ¡Mañana, mañana! Se ríe como si se riera de todo el pueblo, pero es una risa histérica que a ratos se convierte en llanto, aunque no de pena, sino de asco. Como le falta una ruedecilla, el hierro roza los adoquines y estremece los oídos, y la gente que está cerca se da media vuelta y regresa a su casa. Todos menos el chico que llega tarde a la fábrica. El greñudo lo vigila escondido en el bar de la esquina. Cuando lo tiene delante, le arranca el reloj de la muñeca y, descojonándose, desaparece a toda prisa con sus piernas largas: ¡Mañana vivirás! ¡Mañana vivirás! ¡Ya verás como sí! El chiquillo lanza una patada contra la pared: ¡El día que te atrape te reventaré, puto loco! Pero ni siquiera lo intenta, porque sabe que si no llega puntual, esta semana no cobrará. Cuando la luna esté a mitad de la ventana, el greñudo subirá a mitad de la montaña, vaciará el carro en el río y los relojes parados correrán agua abajo. Es su obsesión, nadie puede hacer nada contra eso.

Ricard, vivo un día que en principio parece largo, porque todavía falta el mediodía y la tarde y la noche, pero de repente me encuentro en el año siguiente. Y aquello que un miércoles de hace un año me angustiaba a más no poder ya no lo recuerdo. No recuerdo ningún miércoles. El calendario de la memoria nada tiene que ver con los calendarios que estarán vendiendo ahora que acaba el año. Nos dicen: después de enero viene febrero; después de este año, vendrá el siguiente; si dejas a una persona, llegará una nueva. Pero yo diría que existen dos tiempos: el de los relojes y el de los recuerdos. Y si los relojes lo ordenan todo, los recuerdos van a la suya: no los puede fijar un calendario, se escapan. Sí, sí, tienen patas y saltan a donde les viene en gana: si nacieron un 1 de febrero, regresan un 3 de abril, un 5 de mayo. Y no solo eso, cada vez aparecen con formas distintas: diez años los resumen en un portazo, y el beso de un segundo, en la imagen que alargas cada noche antes de dormir. Sabes lo que quiero decir, ¿verdad? Que no

es lo que dura, sino lo que se queda. Y que, visto así, no tiene por qué valer más una relación hecha de años que una relación hecha de minutos. Venga, Ricard, dime, ¿verdad que piensas lo mismo?

¿Sabes qué es lo bonito de la memoria? Que nadie sabe qué veo cuando miro una cama o una mesa. Es algo privado, mío, pero tampoco del todo: es un misterio que cuando quiere se me revela. Entre las hierbas del jardín te me has aparecido: alto, con los brazos de leña, el pelo que se te empezaba a apagar, la mirada concentrada, que los que no te conocían creían que era de enfado, y tus manos que nunca dudaban: cogían lo que querían coger. Serrabas el tablón de un cajón, xxs-xxs, xxs-xxs —no sabes el placer que me proporcionaba ese vaivén paciente y perseverante, y la hilera de dientecitos como uñas pasando por el brazo, xxs-xxs, xxs-xxs—. Yo, con la libreta en la falda, me entretenía dibujando. Señalaste con la sierra el roble que me daba sombra: Fíjate bien, ¿verdad que dirías que siempre está quieto? Pues nunca lo está, mira un rato sus hojas, ¿lo ves? Aunque no haya viento, se mueven. Y tras colgar la sierra en el clavo de la pared, te acercaste: ¿Y ves estas marcas? Las hace la corteza cuando se estira para crecer, y un tordo cogerá una bellota y este roble tendrá hijos en otra tierra. Y yo me imaginaba que crecía cerca del mar. ¿Y dirías que está solo? Y tú mismo respondías: Aquí hay una mariquita; aquí, la tela de una araña; en el cubil ha criado una ardilla; hay pájaros que se detienen un instante para decidir hacia dónde volar y otros que hacen aquí su nido. ¿Y sabes qué sube por el tronco? La tormenta de hace unos meses. Y me ordenaste: Cuenta cuántos pasos hay de este roble al otro. Y mis pasitos sumaron diez. ¿Están separados? Sí. Y apuntando hacia la hierba dijiste: En la oscuridad más extrema sus raíces se tocan, y a través de ellas se ayudan. Y yo sentía que estaba sobre un pueblo secreto, donde, si un árbol enfermaba, no se avergonzaba de avisar a los de al lado: ¡Ayudadme! Y entonces todos le pasaban baldes con lluvia que habían almacenado mientras se preparaban para luchar. Y volviendo a señalar la sierra en el cajón, dijiste: Lo que no se ve es lo que más se ha de proteger.

No era un jardín. No había allí la injusta elección de lo que se

considera bello. Si crecía un helecho, simplemente era bienvenido, y si entre las piedras brotaba un tallo, teníamos que esperar lo suyo para saber a qué familia pertenecía. Y el terreno no era llano, había relieves a mi medida, y las estaciones se diferenciaban con claridad: el cerezo las abanderaba. En primavera adquiría un delicado tono rosáceo que volvía locas a las abejas, que introducían la cabeza haciendo que bicho y flor se saciaran de deseo, y en mayo llegaban las cerezas, brillantes y redondas, que cogíamos desde la ventana y luego lanzábamos el hueso para ver quién llegaba más lejos. Y en otoño llovían hojas de color vino, remolacha, granada, calabaza: me guardé una amarilla con motas negras. Y se arremolinaban mientras avanzaba el implacable despojo de diciembre: y el cerezo se convertía en un rayo electrificado, y una Navidad, aunque tú no creías, vaciaste diez bolas de madera y, tras lijarlas bien, me dijiste que las pintara de rojo. Pasando un pequeño cordel por el agujero de cada una de ellas, las até a las ramas: vistas desde la verja parecían cerezas. Y si en invierno los árboles parecían viejos y cansados, la primavera hacía que volviesen a sentirse jóvenes. Y en las noches heladas, bajo un palmo de nieve, la primera flor empezaba a empujar, enseñando a las gentes de este pueblo lo que cuesta tanto creer. Y el tiempo se ensanchaba, no era estrecho como ahora, una tarde duraba mucho. De eso no era consciente, porque la felicidad solo sabes dónde está por comparación. Tampoco sabía, porque no me lo enseñaste, cuál era el perímetro del miedo. Dejaste que yo lo fuera descubriendo: sobre la rama, con los pies descalzos, me ponía a prueba: He de dar tres pasos, ahora cuatro. Y cuando, tras estrellarme contra la hierba, me toqué el pelo y comprobé que tenía grumos de sangre, me tragué las lágrimas. Pero no quería que la frontera del miedo se quedara quieta, sabía que podía moverla. Y cuando el gusano del pensamiento me decía: Bajo este montón de hojas hay una rata y la pisarás y ella se te subirá rabiosa por la pierna y te morderá la cara y el pánico me empujaba a llamarte a gritos, contaba hasta tres y echaba a correr y no había ninguna rata, solo yo, en otro sitio.

Este bosque, al que no volveré a llamar jardín, me hizo de

escuela. Contigo descubrí que ningún tronco es recto sino que cada árbol busca la manera de permanecer de pie. El pino más joven crecía en horizontal, parecía que hubiese perdido la noción del cielo, y decías: Es él el que debe encontrar el modo. Y lo acabó encontrando, solo necesitaba tiempo. Un tiempo que me resultaba extremadamente lento, tan lento como es mi tiempo para una hormiga. Son valientes, ¿eh?, me decías, porque a pesar de estar expuestos a los rayos, a los escarabajos, en lugar de escapar, plantaban cara a lo que tuviera que venir. Y no solo eso: aprendían. Cuando hubo diluvios dos años seguidos, advertiste que la segunda vez no los afectó, como si al haber padecido una vez la devastación, después hubieran aprendido a hacerle frente. Cuando descubrimos que el pino más viejo estaba carcomido, antes de talarlo me pareció que agachabas un poco la cabeza, como si le dedicases una discretísima reverencia. Flexionaste los vaqueros, separaste las botas verdes, levantaste el hacha y le hiciste el primer corte. Y el segundo. Y el tercero. Y el silencio de los otros árboles, que pensaban: Un día seré él. Y bajo tierra, mientras moría, el pino viejo utilizaba sus últimas fuerzas para dar todo lo que tenía a los árboles de su alrededor, y lo que él era ya no estaba dentro de su tronco, sino en los de los otros. Y con tus cortes limpios, se fue inclinando cada vez más hasta que se vino abajo y sus raíces emergieron con pedruscos enganchados, gusanos y una cabellera de hilos. Y entonces leíste los anillos en el tronco resinoso: Estas dos líneas son de cuando hubo el diluvio; todas estas, de cuando crecía torcido, y esta oscura de aquí es la plaga que lo ha matado. Ahora podremos construir una silla o hacer leña. Nos lo ha dado él, me decías, te decías, le decías. Y mientras me lo explicabas, yo no quería ser una niña, quería ser un árbol. Por eso cuando tenía un secreto, corría a contárselo al roble grande. Entre el tronco y mi boca ahuecaba las manos, como hacen los niños cuando le susurran algo importante a un amigo. Y dirigiéndome a la oreja que le había dibujado con una piedra, le decía: Mis padres no me quieren. Tengo la pluma de un pájaro naranja que nadie ha visto nunca. Esta noche una pequeña mujer de pelo negro ha subido las escaleras agarrada a Ricard: desde la cama he visto los cuatro

zapatos. Cuando sea mayor te abrirás y viviré dentro de ti. Y un día, de tanto pegar la oreja a su corteza, oí como latía, y entonces me cercioré de que siempre me escuchaba.

Con el roble jugaba a saltar al futuro: Voy al día en que tendré veinte años. Qué vieja, pensaba, e incluso me extrañaba: ¿Es posible que un día tenga veinte años? Porque cuando era pequeña pensaba que los que eran pequeños eran pequeños para siempre, que era imposible pasar a la otra fase, como si los viejos nacieran viejos y los niños nacieran niños. Y con todo aquel montón de años, pues decir veinte era como decir cien, abría la verja con una hija y con un coche descapotado y con muchos amigos. Y el primer obstáculo: ¿Qué haré para hacer amigos, para conocer a un padre, para tener una hija? Y, agobiada, borraba el hechizo. No te creas, aún hoy juego a eso. Pero ahora es diferente: antes procuraba construirme un futuro a medida, ahora intento que no me devore. Incluso esta noche, para despistar a la inquietud que no me dejaba dormir, pensaba: Estoy en la cama de cuando era pequeña, y ahora en la del piso que dejé, y ahora en la de la casa donde viviré dentro de muchos años. Y los tiempos se aplanaban y podía tocarlos todos a la vez. Ricard, no sé si hay mucha diferencia entre la niña que cuidaste y la que ahora cuida de ti.

En la balsa, que construiste para facilitar la vida de sus integrantes, se ha formado una capa de algas. Una mañana encontré allí una urraca rígida; me mojé los pantalones para sacarla. Con una cuchara hice un agujero delante del roble y con dos ramitas imité la cruz que había sobre la cama. Enseguida, una hilera de hormigas pasaron por encima de la tierra. Me impresionó que no se desviasen, que no mostrasen una mínima deferencia. Fui a preguntarte si sabían que caminaban por encima de ella. Me dijiste que la muerte no siempre se ve. Y ahora pienso que cuando te enamoras de alguien nuevo, debajo están las personas que tanto tú como el otro habéis querido. Quiero decir que también somos hormigas, y que también somos la urraca enterrada de alguien.

¿Todo lo que me explicabas era para prepararme para este momento? Tú nunca decías que el chatarrero no estaba fino: cuando te cogió el reloj le diste las gracias, y él, desconcertado, te

lo devolvió. Cuando el hombre esposado te preguntaba a gritos dónde estaba la llave, no le reprochabas que había sido él quien la había arrojado al río. Me decías que había brujas, sabios y ángeles bajo la piel de locos, y que los que estaban mal de la cabeza eran aquellos a los que se les ponía la piel gris, que con eso sí que había que andarse con cuidado. Íbamos a comprar y las señoras murmuraban a escondidas: ¡Su padre no es él! ¡Y ella no lo sabe, pobrecita! Y tú les decías: ¿Qué coño queréis? Y se callaban de golpe, y me guiñabas un ojo para convertirlo en algo divertido. Y cuando éramos los únicos clientes, la ciega encendía el gramófono, sonaba un charlestón y, levantándose sus largas faldas, dejaba que sus pies desnudos empezaran a danzar, y entonces tú, inclinándote, la agarrabas de la cintura y te ponías a bailar con ella mientras yo daba palmas. Tú creciste sin un hijo, pero yo no crecí sin un padre. No es verdad lo que soñé: sí que tengo raíces, son una persona y un pedazo de tiempo.

Todavía estás aquí. Y me digo que vete tú a saber dónde estaré mañana. Y que la vida es eso: pararte a mirar un momento, parpadear y encontrarte en otro. Y eso quiere decir que, a pesar de que ahora parezca imposible, una noche seré vieja y recordaré el día en que te hablaba sentada en la cama y tus recuerdos me contestaban.

6

La tarde avanza y el aire fino y helado entra por la rendija milimétrica de debajo de la ventana. Intento taparla con papeles, pero no hay manera. Detrás de los cuervos, vuela una bandada de tordos: no sienten el frío porque vienen de un país aún más frío.

No puedo entrar en tu sufrimiento. Del mismo modo que tú no puedes entrar en el mío. Es tan extraño saber que todo nos pasará dentro de este cuerpo que nos ha tocado: que no podemos escapar de él, ni de la voz, ni de las manos ni de la piel. Y que aunque nos veamos ya hechos, siempre estaremos a medio hacer, que moriremos inacabados. Y que son las personas las que nos hacen: hay quien nos arrastra al odio, quien nos guía hacia la alegría. Y somos un trozo de barro lleno de huellas. Pero, Ricard, si de verdad cambiamos a cada instante, llegará un momento en que a Él ya no lo añoraré en absoluto. Seré otra, y tendré la cabeza en otro lugar. La prueba, tendría que repetírmelo más, la encuentro al mirar atrás: cada eternidad que he vivido, vista desde aquí, solo ha durado un poco. Y lo que ahora ocupa mi mente también será pequeño un día. Primero grande, después pequeño, después nada. Pero, espera, por mucho que sepamos que todo cambia, no podemos saber cómo cambian los otros. ¿Quieres decir que no estamos quietos en el retrato que un día hicimos de una persona? Soy yo, te decía. Y en ese yo hay miles de yos. Eres tú. Y hay millones de tús, pero: ¿dónde están? ¿Qué tú es el que recuerdo? ¿Cuántos otros ignoro? Ricard, no puede ser que una persona quepa en un cuerpo.

Entre tus cabellos finos hay un lunar en forma de nuez. Dentro de esta cabeza está lo que sabes: cómo se termina una mesa, cómo se hace una cama, cómo se levanta una pared. ¿Qué pasará con todo eso? También están ahí los problemas que

callabas. Cuando son grandes parece que puedan llenar un armario, pero si caben aquí quiere decir que son diminutos, que no tienen el tamaño ni de un grano de sal. Pero ¿te das cuenta? Ahora mismo todo el mundo está pensando en alguien. Sería bonito que hubiera un aviso —yo qué sé: un pequeño pellizco, un color intermitente en la mente— por cada vez que dos personas se invocan al mismo tiempo. Oh, fugitivo, sería fantástico que existiese la manera de entrar en ti de puntillas, e interrumpir tus ganas de irte y susurrarte al oído: Quédate, alguien te está esperando.

Bajo tierra, éramos adictos a clavarnos los colmillos en el cuerpo, a arañarnos la espalda con las uñas, a dejarnos sin ganas de vernos. A Él lo quería lejos y ya lejos quería volver a tenerlo cerca. No había distancia, ni corta ni larga, que no implicase algo de dolor. Ven, ven, que ahí abajo las caricias se perciben como de piedra, le decía. Ven, no te vayas, que te daré besos lentos en la nuca, me decía él. Y nos dejábamos caer en el agujero, en la oscuridad de los labios, en la sed del cuello, en el abrazo del niño que no quiere quedarse solo. Y a veces, por la manera como me tocaba, me parecía entender sus miedos, y entonces era cuando lo sentía más cerca. Entrelazados, por encima de nosotros pasaban las hormigas, los zapatos, el cemento, los rascacielos, los días, las leyes, los problemas de la gente. Os puedo jurar que había un momento de paz, uno solo, y, pasando por alto todo lo que me dañaba, era el único que conservaba. Y cuando nos separábamos abría el espejito de aquel recuerdo y con aquella migaja construía el relato de un amor.

Él, vete a saber quién era. Como si me hubiese enamorado de un muñeco, lo hacía hablar con mi voz. Por eso cuando lo escuchaba ni siquiera lo reconocía. Y si empezaba a conocerlo, no lo quería conocer más. Y cuando le decía: Basta, esta será la última vez, antes de terminar la frase ya me había arrepentido. Y ataba una cuerda al péndulo de su ombligo. Y el muro de sus ojos: No puedes entrar. Y la dureza del guardián: Solo cuando yo lo diga. Y

me encontraba a las puertas de sus párpados y Él no quería mirarme. Y frente a esos dos iris pardos yo tampoco quería mirarlo. El corte fue seco, pero es tan lenta la forma en que se cierra una herida. Aún oigo su voz bajo tierra: Perdóname, baja, ven.

Cuando de pequeña había tormenta, los rayos transformaban el olor del pueblo y lo dejaban sin luz. Salía a tientas y sabía donde iba. Me guiaba por la pared, por el quicio de la puerta de la cocina, por lo que veían los pies. Y chutaba una silla, tiraba un tenedor y finalmente llegaba a la caja de cerillas. Apartaba la sartén, giraba la perilla del gas, encendía el fogón y, con esa luz, observaba la silueta de la mesa y de las cuatro sillas. Quiero volver a ser la niña que atravesaba la oscuridad sin la ayuda de una vela.

Ricard, ¿dónde debo ir después? ¿Debo quedarme a vivir aquí? ¿Por qué no se acaba nunca el tiempo de decidir? ¿Por qué no puedo saltar a mi yo de dentro de un año y ver este ahora desde allí y descubrir que tampoco había para tanto? Pero veo la casa y me siento fuera de la casa. Me veo las manos y me siento lejos de mis manos. Me veo en el espejo y no termino de creerme que lo que me preocupa se encuentre dentro de esta chica que me mira desconfiada. Solo siento que estoy llegando tarde, y no tengo ganas de correr ni de perseguir a nadie. Solo querría tumbarme a tu lado y que la mano negra me vaciase también a mí. Si pudiera salir de mi cuerpo y mirarme desde fuera, vería que nada es tan importante, y tendría ganas de abrazarme y de taparme y de decirme: Tranquila, no pasa nada. Pero si pudiese bajar al sótano de mí, si pudiese dejarlo todo zanjado, si.

En invierno me gustaba oír el sonido que hacían tus botas al caminar sobre la nieve. Decía: Hola, y mi aliento se convertía en humo y las mejillas se me escarchaban y me las apretaba con los guantes y notaba el crec-crec de la lámina de hielo sobre la piel fría. Y, como si tuvieras un sello gigante en los pies, cada paso tuyo quedaba marcado, y yo los seguía saltando de uno a otro. Y la noche lo borraba todo, y el silencio del frío era el silencio de quien espera. Y en la chimenea de la cocina, en cuya campana

colgábamos los calcetines mojados, con la camisa granate desabotonada, que se te salían los pelos, me dijiste: Tienes nieve en las pestañas. ¿Sabes qué? Un día de estos nevará, en el marco de la ventana volverá a acumularse el hielo y nuestro bosque volverá a ser blanco.

A veces basta con soplar para que renazca la llama. La ceniza se te esparce por las ampollas moradas de los pies y, tosiendo, te la quito. Inclino los dos troncos sobre los ladrillos y pongo en medio el ramaje. Te tapo con la manta que he subido de mi cama y que he doblado sobre ti para hacer dos capas. Salgo un rato, no pasa nada, ¿verdad? Solo para tomar un poco el aire. Antes de salir, te miro. Y a medio pasillo tengo remordimientos y vuelvo para mirarte otra vez y te subo la manta hasta la boca cerrada. Ahora vengo, ¿eh? Espérame. En la cocina, Roser ronca con los rizos sobre la mesa.

7

Y vuelvo a andar por las calles por donde te busqué anoche y esta mañana. Me quedo un rato frente a la persiana cerrada del bar, porque parece razonable pensar que podrías venir aquí, ¿no? Y después, junto al péndulo, que no se mueve ni un ápice, como yo, que te espero como si hubiéramos quedado. ¿Acaso no oyes mi pensamiento? ¿Acaso no notas la fuerza con que te hago venir hacia mí? Qué ridículo resulta todo. Debe de ser cierto: te has ido. Y yo, aquí, estúpida como siempre, debo dar pena. ¿A qué podría aferrarme? Esperanza, ¿en qué otro cuerpo te colarás? No me dejes sin nada, que esto es insoportable. Pero no, no puedo creerme que no volveré a verte. Vamos, ¿cómo quieres que me crea algo así? Sí: debes de estar siguiendo el río, pero seguro que percibes lo que te estoy diciendo, porque te lo digo desde tan adentro que es imposible que no te llegue. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que me escuchas? Va, vente un rato, solo un rato, y después da igual, pero ven: solo una vez. Y como eres sensible al lenguaje del pensamiento, seguro que ahora mismo, bajo este sol que ya empieza a apagarse, has detenido tus pasos, te has girado y con tus ojos de mina te has dicho: Haré noche en el pueblo antes de atravesar la niebla. Oh, qué bien, sí, sí, ven. No te estoy pidiendo que te quedes para siempre conmigo, solo un rato. Y un rato puede durar mucho, por supuesto, puede durar días, y meses, y años. Porque el futuro es largo, pero una vez que miras atrás, todo dura muy poco, eso es precisamente lo que le decía antes a Ricard. Y por eso cuando te encuentre te diré, apretando los puños para no sentir vergüenza, que te quedes a vivir en casa: te ofreceré la habitación de debajo de las escaleras, y yo dormiré con Ricard. O no: quizá, acarreándolo entre los dos, podamos trasladarlo abajo y tú te quedas con la habitación grande, que yo ya me tumbaré delante

del fuego de la cocina. Y solo con saber que duermes bajo mi mismo techo ya seré feliz. Y como no te molestaré, no notarás ninguna jaula, y como no te pediré que te quedes, no te acosará el impulso de marcharte. Y el día del adiós siempre quedará un poco más allá. Y si Ricard, pongamos por caso, de pronto revive, mientras se recupera seguro que le gustará escucharte contar todo lo que has visto mientras aprendías a huir.

Por qué nos atrae una persona y no otra es un misterio que nunca desentrañaremos. Pero, vagabundo, hay tantas cosas tuyas que querría que fuesen también mías. Te dejas guiar por aquello en lo que nadie se fija: eliges un camino por el movimiento de una rama, cuando alguien pasa cerca sabes cómo es antes de mirarlo. Has dormido en bosques protegido por lobos, en campos de cebada, en cementerios. Has encontrado pozos cuando tenías sed, moras cuando tenías hambre, has llegado a creer que alguien caminaba delante de ti dejándote lo que necesitabas. No tienes miedo porque confías en lo que vendrá, y eso es tan hermoso. Sabes que para que lleguen cosas nuevas es preciso soltar antes, y como te has acostumbrado a hacerlo, ya no te aferras a nada. Y caminas y caminas, y muerdes manzanas y silbas canciones que te suenan. Sabes ser ligero: un día te lo impusiste, y desde entonces todo lo que no te cabe en las manos te estorba. ¿Te das cuenta? Mientras todo el mundo se esfuerza por ser alguien, tú prefieres pasar desapercibido. Ni siquiera has tenido que vender tu tiempo: no necesitas trabajar porque no necesitas nada. Eso sí, y es un principio, cuando has tenido hambre has robado a quien tenía más que tú. Quién sabe en cuántas tierras habrás cumplido años, si eres consciente de que estamos a lunes o a jueves. Pero, oh, si yo tuviese tu sabiduría: has visto que en todas partes existe una pena que nos hace bajar la mirada, un deseo incumplido, la añoranza de querer siempre un poco más. En tu camino te has encontrado esclavos con la cara pintada de amos, personas que presumían de ser libres arrodillándose ante un rey, amigos y enemigos riendo por lo mismo, cadáveres de guerra que los bosques borraban al crecer, predicadores que querían ser escuchados y cobardes que esperaban ser salvados, un carro tirado por caballos, un campesino que

lloraba bajo la tormenta, dos prisioneros que huían, los labios de una mujer y los labios de otra, un viejo que estaba herido y no sabía decirlo, un niño solo, una madre sin hijo. Has atravesado la neblina, te has subido al tren vacío, has sobrevivido al desierto, has navegado por un océano de peces rojos. En cada pedazo de mapa has visto que la gente se guía por lo que oye: ¡No os acerquéis al sauce, que os caerá un rayo encima! ¡No crucéis el río, que os destrozará! Y no creerte las palabras de los otros es lo que te ha permitido andar. Y caminas y caminas y en los pies se te forman callosidades que te curas con el agua de los ríos. Y caminas y caminas y, quieta, imagino cómo vas avanzando hacia mí.

Entrando por la cortina de hilos trenzados, voy con cuidado de no tirar al suelo los pensamientos. La gitana, pequeñita y descalza, con el rostro oculto, coge un pan de debajo del mostrador, lo envuelve con papel marrón por un lado y después por el otro y enrolla las cuatro puntas. Antes de que pueda dejar la moneda, me agarra de las manos y, con la voz desdentada, vuelve a decirme: Tú solo tienes que recibir.

No sé si quiero a mi padre, ni si él me ha querido alguna vez. ¿Cómo saber si en la indiferencia con que me ha mirado antes de bajar las escaleras había un atisbo de afecto? Y a pesar de repetirme que no necesito su amor, lo espero, pero no espero lo que me puede dar, sino lo que querría que me diese. Qué tontería eso de querer a los padres solo porque te han traído hasta aquí, ¿no? ¿Quién piensa en la miseria de los hijos abandonados? Encima de tener que arrastrar ese agujero, ¿tienen que dar las gracias? Quizá sí que puedo hablar de ello. Vivían tan lejos como lejos vive mi abuela. Sí, lo contaré así, como si pareciera un tópico o una mentira, para ver si de ese modo se convierte realmente en un tópico o una mentira y me puedo desprender de ello. Una historia, no mi historia. Mi madre no quería tenerme. Y mi padre tampoco. Era demasiado pronto, deben de decir, convencidos de tener razón: da asco ver cómo nos creamos un relato para no tener que sentirnos culpables. Mi abuela se impuso: Se hará como yo

diga. E hizo que me tuvieran, o sea que existo gracias a su autoridad. Y llamó a Ricard. Y él, que no era tan cabrón —lo había sido para ella, pero eso no quiere decir que lo fuera para todo el mundo—, dijo que sí. Que si no había sido padre de su hijo, lo sería de mí. Bueno, esto no lo dijo, pero quedó muy claro. Y me trajeron a este pueblo dentro de un capazo con una manta que tampoco querían. No sé si sintieron lástima, pero me dejaron ante la puerta de hierro. No debieron de sentirla, si no, cómo podían dejarme sola delante de una puerta de hierro cerrada. Ricard apareció de entre los pinos, hizo girar la llave, me envolvió en su chaqueta y dejó el cesto fuera. Dice que no lloraba, que tenía los ojos abiertos.

Y crecí sabiéndome querida por un hombre al que nunca llamé padre, porque cuando me enseñaba a hablar, señalándose a sí mismo, decía: Ricard. Y me agarraba de los deditos para que diese mis primeros pasos y me soltaba y me ponía el brazo en la barriga para que no me cayese, y me contaba el cuento de unos niños que caminando sobre el río habían llegado al otro pueblo, y cuando fingía estar dormida delante del fuego, me cogía en brazos y me dejaba dentro de la cama, y cuando me explicaba cosas que no entendía, yo las repetía después para que pensase que era inteligente, que era como él. Y cuando lo veía preocupado, me acercaba a la oreja del tronco y le decía: Ricard se ha cansado de mí.

Te das cuenta, ¿verdad? Muéstrame la mano. Es la ciega la que me ha hecho hablar. Me aparta la moneda, que cae y se pierde entre los listones del suelo. Presiona con su dedo la primera línea y la sigue con atención. Con la cara negra, murmura en otro idioma, y con los labios sin dientes dice: Ah, claro. Lo que sea que la palma le dice no lo juzga, simplemente lo acoge, por eso dejo que me la lea, si no, ni en broma le enseño nada a nadie. Baja el dedo leedor a la segunda línea y aprieta la uña sobre los huesos delgados, porque los huesos son el lugar donde se encuentran las primeras verdades. Alza su brazalete de adivina, me busca la cara y yo se la ofrezco. Me la manosea, sobre todo los párpados y las orejas, y agradezco sentir el tacto de alguien. Hay personas capaces de leer

el dolor de los otros, y hay quien cuando vislumbra una migaja se aparta, ya sea hablando de él o cambiando de tema. No creo que sea una cuestión de egoísmo, sino de amplitud interior. Hay quien tiene un vasito en el que caben dos gotas, y quien posee un cántaro que, cuanto más se llena, más grande se hace. Observo el pequeño colchón con periódicos arrugados: si está sola no es porque no sepa querer, sino porque quiere en otra lengua, y seguro que es la misma que la de Ricard y la del fugitivo. Hace descender su mano, huesuda, arrugada y caliente, por mi barbilla y se detiene en la garganta. Oh, ahora lo entiendo. Y no le pregunto lo que ha entendido, por si me ha leído lo que escondo, pero en cuanto oigo a alguien decir que me entiende, la piedra del cuello se disuelve. Y me toca un instante el vientre, con el anaquel del pan y las botellas de vino detrás, y me dice: Tu pez ya está en el mar. Y a vosotros, que no me conocéis ni me conoceréis nunca, os lo digo: Vengo aquí a alimentarme del modo en que me trata. Porque si bien hay palabras que me han hecho daño, también hay otras que me han salvado.

8

Para saber cómo funciona este pueblo, más que vivir muchos años en él, hay que estar atento. El caso es que Ricard me lo explicaba, porque él iba a la suya, pero por supuesto lo sabía todo. Me contaba que por Navidad las penas cambian de casa. Y si habías tenido un año marcado por la desgracia, la desgracia, con otro vestido pero con el mismo andar, se iba a la casa vecina. Y que por debajo de la puerta volvía la alegría. Como si el pueblo fuese una mesa en la que, lo quieras o no, debes pasar tu plato a quien tienes al lado. Es así, me decía. Y yo solo tenía ojos para espiar a los vecinos, para ver si reían o estaban tristes, pero nunca sabía si la suerte o la pena nos vendría de la derecha o de la izquierda. Y cuando lloraba pensaba que lo que lloraba sería lo que tarde o temprano llorarían los otros. Y cuando sonreía pensaba cómo puede ser, si todavía no toca. En serio que me lo creía todo, porque Ricard no contaba mentiras, no lo necesitaba, eso os lo puedo jurar.

Me explicó que cada uno vive con un fantasma. Y eso, que es algo que asusta a los niños, a mí me fascinaba. Porque me hizo descubrir muy pronto que los que están solos nunca están solos. Y que incluso quienes viven acompañados aman a alguien que no existe. Hay quien habla con un recuerdo. Hay quien cada día dedica un rato a pensar qué le diría a quien no se atreve ni a llamar. Hay quien vive con alguien que un día fue importante pero que ahora ni siquiera reconoce. Y llega un punto en que cuesta mucho diferenciar las presencias de las ausencias. Esto os lo digo para que no os resulte extraño ver a través de las ventanas que una mujer pone la mesa para dos pese a vivir sola, o que un hombre, en la cama, se abrace a sí mismo como si sus brazos fuesen los de otra persona. Parece, ciertamente, que para cada soledad cada uno se

invente una compañía a medida.

En el centro de la plaza se encuentra el péndulo. Una torre alta de ladrillos ovalados que si estuviera delante del mar diríais que es un faro, porque además su techumbre se afila para terminar en una veleta de gallo. Donde iría la pequeña ventana con postigos está la argolla con el aviso: Aquello de lo que escapas es aquello a lo que volverás. Tanto puede balancearse como quedarse quieto durante una buena temporada. No lo mueve el viento, lo mueve el cielo, dice la inscripción. Está el río que viene de la montaña, con un galope feroz que agita las aguas y las vuelve marrones. Si no tiene puente es porque a la gente del pueblo ya le parece bien vivir aquí para siempre. Para que los niños no tengan ganas de saber cómo es el poblado que se divisa al otro lado, cuando aprenden a hablar, sus padres les cuentan que hace muchos años un hombre muy querido se construyó una barca y el río se lo tragó, y que, enfurecido, le tiraba de los pies hacia arriba y hacia abajo para prolongar su agonía, y que todo el mundo se quedó aterrorizado al ver que un río podía ser tan malvado, y que cuando devolvió su cuerpo destrozado, los cuatro hombres del cementerio ni siquiera se atrevieron a tocarlo y fue la propia tierra la que poco a poco lo hizo desaparecer.

Por el otro lado circula el tren vacío, sin pasajeros ni conductor y aún menos horario: pasa cuando quiere. Cuando llega, dibuja un camino de humo en el cielo, y cuando se va, silva al cerrar las puertas. Al otro lado de la vía está el barranco, por el que caen piedrecitas empujadas por el viento. Para que os hagáis una idea: si al norte hay una montaña, al este el tren y al oeste el río, detrás de las casas empieza un desierto en el que con solo poner el pie te entra sed. Con él pasa un poco lo que pasa con la niebla: que nadie se atreve a atravesarlo porque dicen que quien lo ha hecho nunca ha regresado. Cada año, el pueblo se encoge un centímetro, y eso, aunque parezca poco, se nota al respirar.

El problema de vivir aquí es que enseguida asumes un rol. Y por mucho que quieras desdecirte, te desvives por ejercerlo. Si no, decidme por qué la mujer de los zapatos amarillos nunca toma el tren. Observad cómo, antes de cerrar la puerta, mientras el marido

está tumbado en el sofá, suspira: Tantos años juntos para acabar así, y de camino a la estación la determinación se le va ablandando. Y cuando divisa a lo lejos la luz del tren, la añoranza la paraliza: No puedo abandonarlo, ¿qué haré?, ¿adónde iré?, y vuelve corriendo, agarrada a la maleta. Y cuando lo encuentra repantingado en el comedor, ignorando que acaba de renunciar a otro destino por él, se repite con los dientes rechinando de rabia: ¿Por qué no me he ido?, y así cada día. De hecho, si nunca nadie coge el tren es porque, por mucho que se quejen, ninguno quiere escapar de la persona a la que está atada.

Para llegar al cementerio, debéis seguir el camino con hileras de cipreses a ambos lados: lo encontraréis antes de llegar a la pendiente del río, a la izquierda. No hay puerta, solo dos palos que sostienen un arco donde, con letras de alambre, dice: «No te he quitado nada, solo te lo había prestado». Al atravesarlo, os encontraréis ante un montón de cruces. Desde el amanecer, los cuatro empleados juegan a las cartas mientras esperan a que alguien la diñe: han llegado a pasarse tres años y medio sin dar golpe. Como es normal, han olvidado cuál es su tarea, quiero decir que parece que cobren por jugar, y que no esperen otra cosa que la partida siguiente. Más adentro tienen un cobertizo de ladrillo con una cubierta de hojalata donde guardan un par de ataúdes: uno para un adulto y otro para un niño. Entre las cruces crece el trigo, y entre el trigo es fácil encontrar alguna pluma de cuervo.

Si vinierais ahora que el anochecer corta el sol en el río, escucharíais el trajinar de una pala. No os preocupéis, su llanto no le permite oír nada más que su llanto. El hombre asustado, lo llamo así porque nunca le pregunto el nombre a nadie, cava el terreno reservado a los próximos muertos. La tierra que extrae se le acumula detrás de los zapatos. Como su tormento le hace ser obsesivo, ha cavado tan hondo que ya ni se le ve la cabeza. E intenta salir de allí, pero se le resbalan los dedos y brama. Dos de los hombres estudian sus cartas sin hacerle caso, los otros dos han ido a ayudarlo: Si vuelves, te enterraremos aquí dentro, imbécil, y el otro, observando el agujero: Al menos nos ha hecho el trabajo. Y mientras junto al cobertizo se reanuda la partida, el hombre

asustado arroja las cincuenta rosas que ha traído desde su jardín apiladas en los brazos. No ha habido día que no las regase y que no les dijese: Seréis las más preciosas que se han visto jamás. Y al comprobar que los pliegues del centro insinuaban la abertura, ha sacado las tenazas y, poseído y trastocado, las ha cortado todas. Y si ahora os acercarais al hoyo, veríais un desparramamiento de rojo reprimido. Su mecanismo, porque aquí todo el mundo tiene uno, es este: cuando se le acaba una desgracia, se provoca otra. Y las noches en que el cielo está estrellado como el de un pesebre, cierra las cortinas de todas las habitaciones del primer y segundo piso, y si hace frío, tira al río las mantas y se queja de que no puede dormir, y si tiene hambre, les da el pan a los cuervos, y si la mujer a la que desea le dice al fin que lo ama, él le coge manía. Pero lo que resulta curioso es que detrás de su infelicidad está la felicidad de alguien. Los cuervos reciben alimento. La manta que baja por el río seguro que va a parar a una tierra donde alguien la recoge, la pone a secar y se abriga con ella. Si cierra las cortinas, no lo ves, y por tanto no te contagia su deseo de matar deseo, y si rechaza a la mujer que ama, le ahorrará vivir en un jardín lleno de tallos sin flor.

De lo alto de la montaña, como si fuera un cráter, sale humo: es la niebla que lleva la ceguera a los de abajo. Muy de vez en cuando empaña el pueblo y no te ves ni las manos, y cuando eso pasa, unos se agarran a los hombros de los otros sin saber muy bien adónde van. Cuando yo salía de casa, aunque no hubiera ni un poco de neblina, me decías: Vigila a quién te acercas, te puede pasar sus miedos. Y me advertías de que en este pueblo siempre hay alguien que elige los miedos de los otros. Que hay que estar alerta, porque es una enfermedad. Y que hay épocas en que todo el pueblo está enfebrecido, porque los miedos corren de una oreja a otra y, al escucharlos, la gente siente la necesidad de asustar, y crece su desconfianza, y se aferran con fuerza a lo que es suyo. La verdad es que es muy difícil ser nuevo, no sé si alguien lo ha conseguido.

Y si al final del camino de los cipreses, a la izquierda, está el cementerio, a la derecha encontramos lo opuesto: un bosque

verdísimo, luminoso y un poco hundido, por eso se forman charcos. Hay niños jugando, riendo con esa risa tan de verdad, construyendo cabañas con trigo, durmiendo sobre cojines de musgo, hablando con los caracoles, danzando alrededor de un tronco. Y si invocan la lluvia, la lluvia viene, y si quieren tormenta, los rayos se desvían para llegar a su cielo. Y si tienen hambre, los frondosos plataneros, que no han perdido ni una hoja, les ofrecen lo que más les gusta: chocolate, galletas, caramelos, y el agua de su parte de río es cristalina, quieta y dulce. Y se revuelcan en el barro, y se besan, y cuando están desnudos, cientos de mariposas cubren sus cuerpos con un vestido alado. Ninguna niña está triste, ningún niño juega solo. Por supuesto, cualquiera querría estar allí, pero por mucho que lo quisierais, no podríais entrar. Entre la muralla de cipreses hay una fuerza que te expulsa. Solo lo podéis mirar como se mira la vitrina de un cine antiguo. Y si creéis que todos acuden allí para llenarse de alegría, estáis muy equivocados. Porque cuando te acercas, de entre todos esos niños que nunca se cansan de jugar, enseguida aparece un cuerpo diminuto: eres tú de pequeño, a punto de soplar un diente de león. La imagen es tan vívida que te mueres de ganas de ir hacia él, sin confesarle quién eres, solo para hacerte amigo suyo y quedarte en su tiempo. Pero de nuevo una fuerza te expulsa. Y él sopla la flor y el penacho de seda se deshace y la pelusilla se pega a lo primero que encuentra: su camiseta. Y, como abducido, contemplas quién fuiste antes de que te pasara todo lo que te ha pasado. Con las orejas tiernas y el pelo más claro, con la sorpresa nueva ante una mariquita, un ciervo, una piedra. Y al parecer, la envidia crece en tu interior al darte cuenta de que todas esas cosas en las que ahora ni siquiera te fijas fueron alguna vez un descubrimiento. El caso es que todo el que se ha detenido allí ha acabado enloqueciendo. Hay quien ha saltado al río y las gruesas burbujas le han cortado por la mitad. Hay quien suplica: ¡Perdón, perdón!, sin saber que le está gritando al bosque. Y hay quien en lugar de dejar ramos en el cementerio, los deja frente a la puerta de la infancia. Pero se ve que lo más complicado es cuando la criatura, con su andar torpe, se acerca a ti. Y con la misma voz que tenías, escucharla después de tanto

tiempo es lo más impactante, te pregunta: ¿Por qué? Y solo te sale decirle: No lo sé. Y esa pregunta ataca lo más débil de ti. ¿Por qué no le has dicho que le quieres? ¿Por qué has dejado que los años pasen en vano? ¿Por qué ya no te abres a nadie? ¿Por qué ya no tienes ganas de nada? ¿Por qué te has abandonado? Y si te respondes, notas que te estás engañando. Y resulta extraño que entre el cementerio y la infancia solo haya diez pasos. No terminas de saber si el futuro está a la derecha o a la izquierda.

El cielo se va haciendo de vino y el péndulo permanece quieto. Balanceo la cabeza para que parezca que se mueve. Cuando íbamos a la tienda, Ricard, dibujabas con el dedo el recorrido del péndulo y, tal y como hacías con todo, le dabas otro significado: Del extremo de la tristeza irás... Y yo tenía que acabar la frase: ... al extremo de la alegría. Detrás de este faro, indiferentes a si se mueve o no, hay varios mendigos pidiendo caridad. Pero no creáis que piden dinero, no son pobres, o sí, pero se trata de otro tipo de pobreza. Lo que buscan es aprobación: hay quien se abre las costillas y te muestra cómo se le contrae el corazón. ¿Te gusta? ¿Te gusta? Y si le dices que no, se clava un cuchillo y te hace sentir culpable para que la próxima vez le digas que sí. Una chica te enseña sus uñas violeta, y si le dices: Qué bonitas, se las mirará pensando que son bonitas, y si arrugas la nariz, se las morderá. Y da igual que no os conozcáis de nada: creen a todos menos a sí mismos.

Casi todo el mundo trabaja en la fábrica rectangular que está al lado del cementerio. En fila, ante un mostrador que se alarga o acorta en función de los trabajadores que se estrenan o se jubilan, cada uno coge un trozo de tiempo y se lo pasa al que tiene al lado. Es un gesto mecánico que sigue el ritmo que pauta, golpeando el hierro de la barandilla, el hombre que los observa desde el balcón interior. Es grande, los pantalones se le aguantan con elásticos y, mientras refunfuña: Trabajad, pandilla de burros, sonríe para que imiten su sonrisa y da golpes al compás de los segundos, con tendencia a acelerarse. Clonc-clonc-clonc. Y cuando la porción de tiempo, de mano en mano, llega a la última mano, el horno abre la embocadura y una gota de bronce desciende por el tubo hasta caer

sobre el molde de moneda. De lunes a viernes, podéis ver el proceso de elaboración. La ardua espera, la excelente coordinación, porque entre todos hacen las monedas de todos. Y el viernes, excitados, olvidando el tedio y la duda minúscula, se ordenan en fila y, desde el balcón, el hombre de los tirantes coloca una moneda en el plato, que baja haciendo girar el rodillo. Pero a los trabajadores, mientras regresan a casa por el camino de los cipreses, se les plantea el dilema: cuando tienen dos monedas necesitan tres y cuando tienen tres necesitan cuatro. Y cuando alguien de confianza les dice que la cara se les ha puesto demasiado gris, se gastan cinco para comprar polvos de color y se los esparcen por las mejillas, las manos y el cuello.

Tienen la piel de un tono grisáceo que no es exactamente como el de Ricard, aunque se le parece bastante. Se insinúa en las puntas de los dedos cuando uno empieza a abandonarse, y es así como la carne se va apagando. Es, para ser exactos, el color de la resignación. Para saber a qué han renunciado solo tenéis que escuchar de qué se quejan. Pero es una queja encallada, perezosa, complaciente, porque se instalan en ella y culpan a los otros de lo que no se atreven a hacer. Y lo que resulta estremecedor es que, por mucho que supliquen ayuda, nunca escuchan ningún consejo: solo se escuchan a sí mismos, y de tanto hacerse caso acaban creyéndose las tonterías que piensan y terminan demacrados por problemas que no existen. Es triste ver cómo alguien se destruye a sí mismo. Son el claro ejemplo de lo que ya habréis notado: en este rincón del mundo, la gente no busca la felicidad sino el dolor.

Pero un momento, que me lo dejaba: no creáis que todo es tan deprimente. Bueno, normalmente lo es, pero no siempre, porque si lo fuese siempre, aquí no quedaría nadie vivo. Todos los años hay un momento de belleza: cuando aparecen los fantasmas. No se sabe qué día ocurrirá: es una sorpresa que te puede llegar en cualquier momento. A veces me pregunto quién es el que elige el día en que nos pasa lo más bonito. Pero escuchadme bien: durante un rato, qué sé yo, diez minutos, una hora, dos, tres, no más, el invisible que han invocado se les aparece. Y en la silla de la mujer que pone la mesa se sienta un hombre encorbatado que le dice: Qué ganas

tenía de volver a verte, y ella se le sienta en el regazo y, sin ni siquiera tocar el plato, se besan muy lentamente. Los brazos de quien no abraza a nadie, de repente, a medianoche, rodean una cintura, y la recorren y los dedos se sacian de deseo. A la mujer del delantal que cada amanecer va a hablarle a la tumba de su marido, se le aparece él encima de la tierra, y se sientan en el barro, y no creáis que hablan de cosas importantes, bueno, para ellos sí que lo son: ella le cuenta cómo salieron las patatas de la última cosecha, y él, atento, le pregunta qué sabor tenían. Incluso a las parejas que siguen juntas y ya no se aman, ¿sabéis que les pasa? Que vuelven a ser los que eran cuando se deseaban. Y la mujer de los zapatos amarillos se olvida de la maleta y todo vuelve a ser como fue un día, o como no ha sido nunca.

9

La casa es de un blanco rugoso que el inicio de la noche va oscureciendo. Las partes con la pintura desconchada muestran el cemento, y en algunos trozos dejan al descubierto su otra piel, la de los ladrillos. Mientras le doy mordiscos a un pedazo de pan, formo una bolita con la miga y la arrojo a la acera: dos hormigas se apresuran hacia ella. Pero los cuatro cuervos del cerezo salen disparados: pasan entre los barrotes de la verja en un vuelo limpio, esquivan las piñas y se detienen frente donde estoy. Qué grandes son vistos de cerca. Se aproximan a mí con su andar de buitre: ignoran la miga, quieren el pan entero. Lo tiro al suelo y, con sus cuatro picos, se lo llevan a la rama de delante de la ventana de Ricard. Donde Roser, presumida y aburrida, ya se habrá probado el anillo y, al ver que no le entra, lo habrá guardado en el bolso de brillantes para revenderlo. ¡Sacaré un buen pellizco por él, jorobada! Y ahora debe de estar fisgoneando los cajones de Ricard, leyendo facturas: qué pagaba, qué dejaba de pagar, para quién trabajaba, cada cuánto, y a ti qué te importa, maldita harpía, pero ahora que nadie puede pillarla, seguro que va proclamando todas las cosas que se reprimía: ¡Qué muebles tan feos! ¡Ricard, pero qué mal gusto! ¿Y tú te dedicabas a esto? Y ahora debe de estar llamando a la primera persona que se le ha pasado por la cabeza para contarle cómo se lo encontró y lo buena que es. Y sabiendo que al fin puede hacer lo que le dé la gana, abrirá el cajón de la entrada y de debajo de la carpeta sacará el dinero y contará cuánto hay, y sea mucho o poco, seguro que se convencerá de que se lo merece, después de tantos años limpiándole la mierda por cuatro duros, y cogiendo un poco más de lo que considera que le corresponde, con el eco de una carcajada: ¡Haberme pagado mejor! Ahora ya no puedes decirme nada, eh. Pues mira, te cojo un poco

más. Abro la verja, recorro el caminito, empujo la puerta de entrada y siento un escalofrío: en el pasillo de arriba, veo sus piernas estiradas. Inflada y sorda, me revuelve la maleta. Con la voz que la bruja me ha devuelto le digo: ¿Qué estás buscando? Y ella, dando un brinco, se agarra a las piernas para levantarse: ¿Por qué no llamas al timbre? ¿Cómo puedes ser tan maleducada? ¿Dónde has escondido su ropa? Dime, ¿dónde está? ¿Tú sabes lo que me costó encontrarle unos zapatos? ¿Estás tonta o qué? No sé por qué has tenido que venir, de haberlo sabido, no te habría dicho nada. Y con sus patas de elefante baja a la cocina y abre y cierra y abre y cierra el cajón de los tenedores: Es que no sé por qué has tenido que venir, es que no sé qué puñetas haces aquí.

Me siento en la cama, a tu lado. Pero oigo cómo está sacando platos, con la tapa de la cazuela que se le cae y rueda por el suelo, cataplán-cataplán, y venga más ruido, hablándole con esa voz que se me clava en la cabeza a alguien que no puede ser más que yo: Esta niña es como él, le gusta darle al trago, ayer, solo llegar, ya se fue a beber. Y se ríe a carcajadas, y se asoma a la sala de la entrada: Es una alcohólica, eso lo he de contar, ay, cómo se reirá la gente. Y con malicia abre y cierra el cajón de los tenedores: pum, pum, pum. Y se me forma la piedrecita del cuello y amplío el recuerdo de la bruja curándome la garganta. Y miro tu oreja expectante, y bajo las escaleras y, sin llegar a entrar en la cocina, le digo: Vete. Y ella, sacando un pollo crudo de la cazuela: ¿Cómo? Y se burla apretando los labios: ¿Y quién eres tú para decirme que no vuelva? Y se ríe todavía más, con la cara desfigurada, de calcetín feo, y vuelvo a sentir lástima, porque al fin y al cabo fue ella la que lo encontró, la que lo cambió, la que me llamó, la que ha hecho que yo esté aquí, la que le ha buscado unos zapatos, la que piensa en las tarjetas para el funeral, pero basta, al diablo la pena, fuera, que si me arrastras volveré a sentir lástima de todos menos de mí. Y ella, impasible y burlona, se sienta a la mesa de las cuatro sillas y con el tenedor saca un trozo enorme de pollo, y lo coge por el hueso y empieza a zamparse el muslo y el aceite le gotea sobre los pechos. No me muevo. ¿Ah, sí? Pues venga, ya me has visto bastante. Lo dice con un trozo de pollo en las encías. Se

limpia los morros con el mantel de cuadros. Y con las manos grasientas abre el primer cajón de la entrada, coge todo el dinero que le cabe en sus garras, se lo mete en el bolso de brillantes, se agacha a recoger los billetes que se le han caído y, sin dejar de masticar, le da otra vuelta a la bufanda y me mira de arriba abajo: Tú siempre serás así. Desde la calle, arroja las llaves a la hierba. Y la casa pesa menos, los árboles se yerguen, y otro miedo empieza a crecer en mi interior.

Si pones demasiados troncos puedes ahogar el fuego. La llama necesita respirar. Necesita encontrar un agujero para ir hacia arriba. Cuando es alta y lisa, parece agua. La corteza crepita, crec-crec-crec, lluvia de agujas. Peta y una chispa sale disparada. Una chispa puede provocar un incendio, una bellota puede levantar un bosque, un recuerdo puede crear una persona. La cepa tiene agujeros de infierno. Soplo y es un corazón que se inflama y se apaga, y para hacerlo latir: aire-aire-aire. La bandejita de metal está llena de cenizas. Un pino es una palada de polvo. La palada de polvo era un pino.

Nunca te había visto con esta poca barba: eres un náufrago tendido en una barca. Las uñas de los pies se te retuercen, como al cuervo, pero no pueden aferrarse a más rama que la del aire. Dejo sobre la manta lo que he encontrado en la pila del baño. Aprieto el bote y sale un líquido que adquiere volumen hasta ocuparme toda la palma de la mano. Te la esparzo por las mejillas y oigo el rechinar de tus muelas, que aprietas como si estuvieras guardándote una palabra muy importante. Paso la maquinilla con tanta prudencia que solo recojo espuma, la sumerjo en la palangana y en el agua se forman lagos blancos que perforo con el dedo. Entro un poco más en la piel y ya raspa: arrastro decenas de pelos y doy golpecitos para que se desprendan. Con la punta húmeda de la toalla te limpio las mejillas, y de paso, la frente sudada, y de paso, y casi sin darme cuenta, las legañas incrustadas en el lagrimal. No sé cuántas vueltas ha dado el reloj redondo, pero compruebo que no te haya quedado ningún pelo, y ya te digo yo

que no. Tienes el cuello esponjoso y se te forma papada. Te paso la cuchilla y asoma una gota de sangre. Lo dejo, solo faltaría que te matara yo. Corto las uñas de los dedos de los pies tal y como lo hacías, en tres cortes, casi necesitaría unas tenazas. La del dedo pequeño no hace falta, que es demasiado difícil. Te peino como te peinabas los días que te duchabas: con el pelo hacia delante y, ya sobre la frente, hacia la izquierda. Te paso el peine de púas una y otra vez, y cada vez que te peino eres un poco más tú. Podría pasarme el resto de mi vida repitiendo este gesto. En la bolsa de la basura está la ropa que Roser se olvidó de tirar. La camisa de cuadros granates huele a barniz. Huelo el cuello, el olor eres tú. Y permanece un buen rato en mi nariz. La aparto para olvidarme y vuelvo otra vez, y es como alejarme y acercarme a ti. Te desabrocho la bata empezando por el cuello y terminando en la barriga, y noto las gasas. Qué asco, percibo el hedor y te tapo. No lo puedo hacer, de ninguna manera. Perdón. Arrodillada en la cama, intentando no pensar en tu barriga pálida e hinchada, te levanto por la espalda, y me tiemblan los brazos, y te cuelga la cabeza, y desengancho el velcro de la bata, y deslizo la camisa, y con una mano aliso la sábana, porque había una arruga, y si no lo hubiera hecho, no hubiera podido sacármelo de la cabeza, y te suelto. Tu cuerpo se hunde en el centro del colchón. El primer y segundo botón te los dejo desabrochados y te salen pelos canosos. Te observo desde la entrada: Ricard, vuelves a ser tú.

Abres los ojos.

Intentas coger aire pero se te queda trabado. Las rodillas se te doblan. La espalda te tensa. El estertor de bestia degollada. Por qué le habré dicho a esa que se marchara, qué hago, qué hago, qué hago. Por favor, ahora no, así no. Y las convulsiones. Y me agarro a la puerta, al escudo. Y la saliva de un color extraño y la lengua inmóvil, y chupas el aire de la habitación, incluso el de mis pulmones, y la manta áspera se infla, y la barriga se te pone rígida, y las legañas que no te he quitado. Y me miras. Con la mandíbula torcida y las mejillas chupadas y los pómulos cadavéricos, dices una palabra pero no suena, y con solo mover el labio se te hace un corte. Quiero irme, déjame, no me digas nada, cállate, vuelve a

estar como antes. Valor, siempre me falta valor. Y emites un sonido agudo, de conejo. Y por un instante, un pequeño instante, pequeñísimo, tus ojos perdidos vuelven a la vida, me reconocen, y no me miras como me mirabas hace un segundo, sino como cuando era pequeña.

Agua.

Y corro a coger el vaso que había dejado bajo la cama y voy al lavabo a llenarlo, ya lo podría tener lleno, joder, y se derrama, y tengo que tirar un poco de agua, y la tiro toda, y lo vuelvo a llenar y está demasiado caliente, ahora espera a que salga fría y te lo traigo y. Tienes los ojos cerrados. Has vuelto y te has ido, y te acerco el vaso a los labios, y se te derrama por el corte del labio, por el corte del cuello, y la gota se detiene donde iría el primer botón.

Tengo que daros una gran noticia: ya no es el de antes. Su rostro ya no tiene aquel color amarillo. ¡Cuando le paso la mano por las mejillas, ya no aprieta los dientes! Y tiene la boca abierta, destensada. No os lo creeréis, incluso a mí me cuesta creerlo, pero no está agarrotado, sino relajado: tiene las rodillas ladeadas, como dormimos todos, ¿sabéis? Y las cejas transmiten la paz de quien está soñando algo agradable: ni siquiera se le mueve la barriga. Reconforta observarlo, tengo la sensación de estar mirando a un niño pequeño, a alguien que acaba de nacer y le toca aprender a caminar y a hablar. Duerme, que las palabras están volviendo a tu lengua. Y mañana seré yo la que te escuche, y si tienes ganas de café, cogeré la cafetera y abriré la tapa para esparcir para ti el olor por la habitación. ¿Y sabes qué haré? Llamaré a la abuela para decirle que estás recorriendo el camino inverso: ¡Sí, sí, mujer amargada, el hombre por el que lloraste está volviendo a la vida! Va, ven y repítele lo que le dijiste, a ver si te atreves, ¡y dile a él que la casa necesita una mano de pintura! Cuando te despiertes, te cogeré del brazo y te ayudaré a bajar las escaleras, escalón a escalón, y te explicaré que vine porque había olvidado lo que me enseñaste. Y en el porche pondrás la cuarta pata, y después la

giraré, sacaré dos sillas y hablaremos de los robles y del cerezo, de la hierba y de los pinos, de los tordos que han conocido un frío todavía más frío y de los búhos que ululan en la noche, y fumaremos cigarrillos, uno tras otro, y haremos aros de humo, y abriremos una botella de champán, y todo lo que me expliques lo apuntaré en un papel. E iré a casa de la gitana y le daré las gracias, porque has vuelto y seguro que ha sido cosa de sus manos. La luna, llena, se acerca a la cortina. Si nos observaran desde fuera del universo, seríamos un puntito que se mueve. Solo eso. Y tan misterioso como eso. Cierro las pestañas, cuando las abra estaré en otro lugar.

Decían que no me llevabas a la escuela. Que aquello no era un jersey, que era un harapo. Que a una niña no la puedes dejar ir descalza porque puede clavarse algún cristal. Que me dabas vino. Que no comía cuando debía. Que cogía el tenedor y el lápiz como si fueran bastones. Que no me bañaba, que iba roñosa, que tenía piojos. Y todos estos moratones, ¿quién te los ha hecho?, me preguntó la señora de gafas de pasta apretándome el brazo: Me he caído, y no dije de dónde por si cortaban los árboles. Y se me llevaron en un coche, y todo el mundo salió a verlo. Y mientras señalaban las ruedas, te veía quieto entre la gente. No te supe suplicar que me retuvieras, no supiste imponerte para que no se me llevaran. Y tras horas y horas en una carretera polvorienta, me pusieron a vivir en un edificio alto donde me hacían escribir en letra de palo, porque la que me habías enseñado tú todavía no tocaba. Y vinieron mi padre, mi madre y la abuela, y yo los miraba para saber qué cara tenían. Les decían: No está bien, en lugar de jugar, se esconde tras el tronco. No habla, siempre está sola. Habéis llegado tarde para esta niña. Di algo, que son tus padres. Y yo, muda. No quería decirles nada, o sí, que me cogiesen de la mano, pero la moví y ninguno de ellos se dio cuenta. Habéis llegado tarde, repetía el hombre que me enseñaba a escribir en letra de palo. Y ellos se lo creyeron y me obligaron a darles un beso en la mejilla, y yo solo acerqué los labios porque no sabía cómo se

daban los besos, y me asustaba verlos tan de cerca y no llegué a tocarles la piel, pero eso ahora es igual, solo quería decir que se fueron. Y vivía en un edificio demasiado alto donde con una motosierra podaron un haya, y al verlo la cabeza empezó a darme vueltas. Y las niñas con trenzas y falda. ¡Marginada! ¡Marginada! Y me escondía detrás del haya amputada, a la que habían atado un palo para que no se encorvase. Esperando que aquello que llamaban patio, comedor, clase, sala, horario, habitación, lavabo, fin de semana, lunes, martes, enero, octubre se acabara; esperando, con una falda y dos trenzas de raíz desde el flequillo, el día de volver a verte. Mi paraíso estaba allí donde me decían que no volvería jamás. No sabría cómo decírtelo: allí conocí la separación que puede existir entre yo y la gente. Kilómetros y kilómetros de desconfianza, de no decir nada. Y en aquella torre de silencio, el resentimiento no paraba de crecer, porque no los quería pero en el fondo quería que me quisiesen. Sentirse solo es que te señalen como el otro y no tengas suficientes fuerzas para decir yo.

En el pueblo había un lugar similar, pero cuando Roser, mientras fregaba el pasillo, te insistía: ¿Por qué no la llevas allí? ¿No te das cuenta? Por no darle una buena zurra cuando se lo merece, la has convertido en una desvergonzada y una malcarada, ¿tú crees que esta niña me puede enseñar la lengua? ¡Mira que si vuelve a hacerlo le partiré la cara de una bofetada! ¿Por qué no le dices nada? Pobre criatura, cuando he oído que le decía al tronco que quería tener amigos se me ha roto el corazón, ¿no te das cuenta de que le haces más mal que bien? Yo, en la habitación de debajo de las escaleras, me quedé quieta, y tú, tras guardar un silencio largo, dijiste: ¡No se le ha perdido nada en ese lugar! Pero me hubiera gustado que lo dijeras más convencido. Estaba en la buhardilla de la casa más antigua de la plaza del péndulo. La entrada era baja, estrecha, con goteras. Allí arriba hacen niños con palabras. Me lo contabas y era un cuento de miedo. Pobres, pensaba cuando los veía salir aburridos, arrastrando los pies como lo hacían sus padres al salir de la fábrica. Decías que cada niño se sentaba a una mesa, y que delante de todo, un hombretón gordo que tenía forma de peonza del revés señalaba a un niño y le

dictaba: ¡Desgraciado! ¡Des-gra-cia-do! Y el niño se apresuraba a apuntarlo en un papel con dos agujeritos por donde hacía pasar un cordel. Y se levantaba y se lo entregaba al hombretón, que le colgaba el letrero en el pecho: Si te lo sacas, te daré una paliza que nunca olvidarás. Y cada mañana, antes de salir de casa, el niño tenía que ponérselo igual que se abrochaba el abrigo. A otro le dictaba con su voz gruesa: ¡I-nú-til!, venga, apunta, ¡I-nú-til! Y la norma, mientras aprendían a sumar y a restar, era que se tratasen según lo que ponía en el letrero. Es terrible, ¿verdad? Decías que los primeros en obedecer esa regla no eran los demás, sino los que llevaban el cartel, y que si a uno le habían hecho apuntar patoso, todo lo que tocaba se le caía al suelo, y si no se le caía, hacía que se le cayese por miedo. Y que los niños crecían tapándose los oídos porque las palabras les hacían daño. Y que por eso después a los adultos les costaba tanto escucharse. Pero, por suerte, decías, los niños todavía son niños, y se curaban a escondidas: Pon la piedrecita en la cuchara y llévala hasta la pared. ¿Lo ves?, no se te ha caído. Y cuando iba a la plaza a jugar al pillapilla, se me acercaban y me decían: ¿Cómo has hecho para no tener que ir? Y querían que los adoptases, Ricard, que les descolgaras el destino. Y al anochecer, mirando hacia el pueblo que se divisa al otro lado del río, se destapaban los oídos y, de puntillas, listos para dar un paso, le suplicaban al río: ¡Hazte de hielo! ¡Solo un momento!

En cada sobre que me enviabas había un pedazo de corteza de árbol, un puñado de semillas, una cereza, y tu letra en lápiz grueso: «Si en el lugar donde estás hay árboles, no estás sola». «Si alguien te hace sentir mal, imagínate que estás dentro de un tronco.» «Tu roble dice que cada día piensa en ti.» «Nunca sabrás lo que los demás llevan dentro, pero si te fijas bien, verás que es lo mismo que llevas tú.» «He terminado una silla para cuando regreses.» «Si estás en el extremo de la tristeza, estarás en el extremo de la alegría: de todo lo que vivas, vivirás su opuesto, recuerda el péndulo.» «Tu raíz y la mía se tocan.» Y las cartas eran cada vez más largas. La última decía: «No hay solo una persona importante en el mundo, muchas lo son y todavía no las conoces». Y la que con siete años me hizo crecer de golpe: «No sé si está bien

que te lo diga, pero debes saberlo: Roser llamó a tu abuela, por eso te han traído aquí. Quizá tienen razón, quizá te irá bien conocer mundo». Y el impacto fue tan grande que acabé en la cama con fiebre y sin ganas de volver a encontrarme bien. Y yo, que nunca lloraba, solo tenía ganas de llorar, incluso las niñas de las literas de al lado dejaron de molestarme. Lo que me dolió más, ahora lo sé, no fue que la pánfila se saliese con la suya, sino lo que quería decir aquella carta: que no me vendrías a buscar. No fue en el ajustado cinturón del coche, ni en la forma en que mis padres y mi abuela me miraban como se mira a una niña huérfana a la que no deseas adoptar, fue en aquel pedazo de papel donde noté por primera vez el peso del abandono. Y poco a poco fui digiriéndolo, poco a poco fui absorbiéndolo con los huesos. Y aquellas mujeres me daban golpecitos en los dientes con una cuchara colmada de jarabe: ¡Abre la boca! Suerte que la hemos sacado de allí, quién sabe cómo habría acabado.

Dejé de ser una niña para ser una chica, y, discreto como eres, te fuiste alejando de mi pensamiento sin hacer el más mínimo ruido. Cuando nos reencontramos yo era otra, y tú, aunque te veía igual, supongo que también. La casa se había encogido, lo que mis ojos conservaban había caducado. Y tú serrabas en el porche y debías darte cuenta de que incluso me resultabas pesado. ¿Dónde tienes la mente?, me preguntabas mientras, sentados frente al fuego, partías el pan con las manos. Ignoraba los robles, arrojaba piedras contra la verja, no tenía ganas de salir de la habitación, me irritaba al oírte subir por las escaleras. Y te dije, de eso hace seis años, Me voy. Y tú dijiste: Es lo que te toca. Y en el banco de la estación esperé el tren desde el amanecer. Y cuando a media mañana llegó, mientras la puerta se abría, como si un rayo cayera sobre mí, me di cuenta: acababa de estar contigo y no te había hecho ni caso. Estúpida, cómo has podido ignorarlo de este modo, cómo has podido tratarlo así, vuelve y cuéntale cómo mirabas la puerta cerrada de aquella clase cuadrada y te imaginabas que alguien la abría y era él que se lo había repensado, cuéntale que al haya le cortaban todos los brazos para que siempre tuviera la misma altura, que con los ojos en la pizarra revelaste mil veces la

foto que le habías sacado mientras caminaba sobre la nieve, que te hiciste amiga de la chica de la litera de arriba, que pese a llevar trenzas no era como las otras, y que las cartas tenían razón, que aunque parezca imposible, en el futuro hay un montón de desconocidos esperándonos, que no todo se termina aquí, que la vida será nueva en todos los lugares a los que vayamos, pero, estúpida, cómo has podido ser tan bruta, resentida, infantil, corre, abre la verja, ve hacia el porche, agárralo con fuerza, díselo todo. Y arrojé la maleta al vagón, di un salto y el tren silbó. Sentí un alivio gigante. Y si pude hacerlo fue porque la vocecita de detrás de la oreja me gritó: ¡No mires atrás! Estoy segura de que fuiste tú, Ricard. Y saqué la cabeza por la ventanilla y vi cómo mi pueblo se hacía cada vez más pequeño, y cómo la mujer de los zapatos amarillos veía que me marchaba y no acababa de estar segura de querer estar en mi lugar.

Duermes sin hacer ni pizca de ruido, y el fuego es tan generoso que ha empañado los cristales e incluso me puedo sacar la chaqueta. Froto la ventana con la manga y los cuatro cuervos de la rama ya no me desafían, tienen una mirada comprensiva, acogedora: uno se mueve un poco para que pueda ver la luna blanca y redonda. ¿Y si es una señal? Porque, Ricard, si tú has vuelto a la vida, yo también puedo volver, ¿no? ¿Qué tengo que hacer, si no? ¿Mirar cómo duermes? ¿Verdad que no pasaría nada si me ausentara durante un rato? ¿Verdad que es lo que quieres? La llama se hace larga y seguro que eres tú, que me respondes que sí. Te cojo cuatro cigarrillos, me los guardo en el bolsillo y me enciendo uno aproximando los labios al fuego.

10

Parí a un hijo muerto antes de que el hijo pudiera ser hijo. Me dieron una pastilla y, sin pensarlo, me la tragué. Tiré de la cadena. Y entre toda aquella sangre espesa estaba él, un grano de arena que se perdió en las alcantarillas, y ahora tengo la esperanza de que mi hijo sea un pez, que cualquier día de estos bajará por el río y será tan pequeño y espabilado que nadie podrá pescarlo y llegará al mar y esquivará los anzuelos, los barcos, los tiburones. Y en el fondo de lo más hondo, allí donde el agua es negra, podrá esconderse para siempre. No me pidáis que os hable más de esto. Tampoco lo recuerdo, ya os dije que el olvido me protege. Y, en medio, la llamada de la pánfila: Ay, mi niña, no te lo vas a creer. Y lo agradecí: me faltaba una dirección, un lugar al que escaparme, y tú, Ricard, aliado invisible, me dijiste a donde ir, a tu lado. Tomé el tren que en un punto del camino se cruza con el que un día tomó la abuela. Ella con el vientre lleno, yo con el vientre vacío. Y los kilómetros de desierto, de cielo, de no-preguntas. Y las vías, que un día sonaban a aventura y otro a sepulcro. Y el silencio para dentro: engúllelo entero. Hachazo, la flor que cae. No pienses más en la forma en que Él te dijo: Este hijo no es mío. En cómo te dijiste a ti misma: No quiero que tenga un padre como este. En el miedo que tenías a que se te hinchara la barriga. En cómo lo engendrasteis bajo tierra. En cómo te juraste: Nunca más, y todo esto, aún, tal vez. No pienses más en que tu madre, a la que ni siquiera nombras, tuvo el valor de tenerte y darte. Que tu abuela se escapó. Todas menos tú, que dijiste no, porque ni lo querías ni lo quieres, no, de ninguna manera, pero aun así sueñas con un pez rojo removiendo la arena en el fondo del mar. Y el cubito de hielo se mueve sin que lo toque. Y el hombre del bigote vuelve a llenar el vaso. Y mi cuerpo vacío, vacío como el cuerpo de Ricard, vacío como la noche

que te estafa, vacío como el reloj de esta pared podrida que hace dos horas que gira inútilmente, vacío como esta taberna oscura, demacrada, insultante, vacío como toda esta gente que viene aquí porque no tienen vida ni tienen nada, vacío como los ojos de este imbécil que de nuevo me llena el vaso, vacío como vacío es todo cuando ya no, vacío como vacío te quedas todo tú cuando el río te despedaza y te calla y ya no sientes nada, vacío cuando basta, final, lejos, mañana, cuál es el sentido, cuál.

La campanilla suena.

Te sientas en el taburete que hay a mi lado. El hombre del bigote llena de licor uno de los vasos que todavía no había limpiado y te lo sirve con amabilidad, es el tipo del oro, se dice mientras te sonríe con los seis dientes por si le das otra moneda. El abrigo oscuro hasta los pies, el rastro de ojos de mina bajo el flequillo. Dejas el vaso, escondes los dedos en el bolsillo y los vuelves a sacar para llevarte el borde del vidrio a los labios. Hay una cortina de humo entre tú y yo que hace que no percibas que te voy mirando, porque no puedo creerme que hayas llegado en el único momento en que no te esperaba, ni a ti ni a nada. Te sostienes la frente, te encierras en ti mismo. Ricard, ayúdame a decirle: ¿Eres de aquí? No puedo. Tengo lo que quería al lado y ni siquiera puedo abrir la boca. Cada vez tienes el vaso más vacío. Y ahora pienso que tu vaso es un reloj de arena que indica cuánto falta para que te vayas. Llamo al camarero: ¡Por favor! Ha sonado a llamada de auxilio, y casi se ha notado que intentaba reprimir las lágrimas. Sales de tu mundo y, aún pensativo, observas cómo el camarero me sirve mientras se burla: Tranquila, chica, que no te acabarás todo el que tengo aquí. Y bebo rápido, para tener valor. Y tu vaso se termina y haces rodar una moneda dorada que avanza en línea recta por el mostrador y, al final, se enlentece, se gira hacia mí y el camarero la detiene con la palma de la mano.

Y te vas.

Me levanto del taburete como si alguien que me espiara, compadecido y harto, se apoderase de mis movimientos. Debe de ser eso, porque, si por mí fuera, no me habría movido y ahora estaría bebiendo e insultándome. La campanilla suena. El

camarero, absorto, aproxima la moneda a la bombilla y no sale a gritar. Ya no estás. ¿Cómo puedes haberte esfumado tan deprisa? Miro a derecha e izquierda y el que me mueve elige la izquierda. Y yo, títere de alguien que tiene una perspectiva desde el cielo, voy allá donde me ordena: a la estación, pero allí no hay nadie más que la mujer de los zapatos amarillos. Quien me mueve duda, y me hace volver hacia atrás. ¿Adónde me llevas? Y me detiene a media calle. Y miro por todas partes y una mujer educada se para y busca a ver si encuentra eso tan importante que he perdido. ¡No es nada, gracias! Pero quien me dirige no me deja ni levantar el brazo, y pasa un rato y luego pasa más. ¿Dónde estás? Incluso miro al cielo.

Un abrigo viene de frente: su sombra se ondula en las verjas.

¿Tienes fuego? Parece imposible pero lo he dicho. Confuso y distante, sin responder nada, abres tu abrigo como el mago cuando empieza su número y sacas un mechero plateado. Haces girar la rueda, acercas la llama azul y verde a la punta del cigarrillo y, por primera vez, veo tus ojos de un negro inquietante, misterioso, turbio, el negro de quien ha visto mucho y utiliza la oscuridad para ocultar sus ojos. No me digas que son impenetrables. No me digas que también ellos lo son.

Te lo vuelves a guardar en el bolsillo interior: se acabó la función, te vas. ¡Gracias!, grito con el tono de quien pide una prórroga. Te detienes. De espaldas, un mechón de pelo se te riza y te toca el cuello. Os digo ahora, que he parado un momento el tiempo, que si lo miro tan atenta es, también, para alimentar mi memoria futura. Estoy pensando: Esto que vivo lo recordaré tantas veces que tengo que concentrarme bien, tengo que recopilarlo todo, tengo que apurar cada detalle. Digo que lo pienso pero no llego a pensarlo, porque aunque os haya dicho que pasa lento, en realidad dejo escapar cada imagen porque después de una viene la otra y es un no parar. Pero va demasiado rápido, ya os decía antes que no puedo entender esto del tiempo: con lo lenta que ha sido la espera, ¿no podría transcurrir lento también el rato de verlo? Debéis saber, además, que en este pueblo no hay farolas, y que la escasa luz viene de las tres exiguas estrellas que las nubes difuminan y de las ventanas de las casas, que ya se van apagando.

Te giras como si hubieras entendido la súplica. ¿Eres de aquí?, me preguntas, y lo que me sorprende no es la pregunta, sino la voz, porque me la imaginaba más áspera y es bastante común. No, bueno, sí. ¿Y tú? No, no, vengo de muy lejos. ¿Y cómo es que estás por aquí?, me dices más confiado, pero todavía prudente. Y doy una calada y vuelvo a hacerte de humo. Y podría decirte que mi abuelo se moría pero que he ido a buscarle agua y he visto que no, pero quizá sería contar demasiado. He venido a pasar unos días, ¿y tú? Y con cara de no saber si decir sí o no, dices: También.

Tienes lo que quieres y te lo quitaré, me alerta la voz de detrás de la oreja.

Esperas una reacción que no tengo. Por supuesto que la tengo, pero de puertas para adentro. Ostras, digo. Pero ¿cómo que ostras?, ¿soy imbécil o qué?, ¿cómo le he podido decir ostras? Y tú, distraído, jugueteas con las monedas en tus bolsillos hondos: sí, tú. Y todo lo que digo es un peso que me hace bajar la cabeza. El hilo pespuntea tu zapato: asoma, forma una rayita y vuelve a entrar, dando toda la vuelta. La puntera de piel está pintarrajeada, y el manojo de nudos tiene cuatro lazos anudados con más determinación que ayer. Entre monosílabos, el viento inicia su amenaza. Una hoja marchita se arrastra entre tus zapatos y los míos: ha sido expulsada de su rama y no sabe adónde ir.

¿Quieres volver al bar?

¿Lo he dicho? No entiendo cómo he podido decirlo, ¿seguro que lo he dicho o solo lo he pensado?

¿Por qué no? Me lo dices en un tono animado, y ahora que no desconfías, tu rostro es otro. Das tres pasos, te pones a mi altura y empezamos a caminar. Caminamos juntos por la acera donde hace un momento una mujer se ha pensado que había perdido un pendiente o alguna de esas cosas que los otros creen que son importantes. ¡Lo que buscaba como si fuese una moneda, señora, era la fe! Caminamos por el camino por el que te he estado imaginando desde que ayer te conocí. Y tú, sin saberlo, has venido a apoyarme. Y tenemos suerte de que haya una vida secreta en la que caben muchas más posibilidades: en la que te he conocido, en la que te he desnudado, en la que me has hablado de tu pasado.

Caminamos y la manga de tu abrigo roza sin querer mi mano, y ese es el primer contacto: sencillo, discreto, microscópico. Y si digo que me alimento de recuerdos, también diré que me alimento de detalles pequeñísimos que voy atrapando en este presente que no deja de renovarse.

Suena la campanilla, y el camarero me mira con cara de tacaño rabioso, y a él, con cara de cachorro sumiso. Antes de que me diga nada, dejo junto a la máquina registradora todo lo que tengo: las monedas y los tres cigarrillos. No te sacas el abrigo porque hay algo en ti que necesita protección. ¿Sabes?, yo también soy así. La cueva cochambrosa se ha convertido en un palacio. El suelo, pegajoso de alcohol, ahora brilla. Toda esa gentuza son amigos. La música es agradable. Y tu presencia hace que todo lo que vea sea bonito. Me miro en el espejo del vaso por si mi cara también es otra, seguro que vosotros diríais que sí. Oh, esto de vivir es realmente una locura, hace un rato me hubiera tirado al río y ahora estoy sonriendo. Y yo que había olvidado que también puedo sonreír. Y cuando tú sonríes, sonríe todo. Hay quien simplemente estira la boca hacia arriba en una especie de mueca. Podéis hacer la prueba: si cogéis una foto de alguien riendo y le tapáis media cara, veréis que sus ojos sufren. En la mayoría de los casos es así. Pero no en el tuyo. Bajo el abrigo llevas puesto un jersey de algodón, y como lo miro, tiras del cuello: Me lo dio un hombre que tenía dos iguales. Tienes el contorno de la cara esculpido por el viento, las mejillas sucias de tierra, piedrecitas en la punta de tus cabellos. En la oreja se te forma el pliegue de chico bueno, y tienes la nariz recta, con la punta un poco hacia arriba, que quiere decir que eres espabilado. Y yo que te veía oscuro, y se ve que no, que de cerca eres otro. Y me cuentas que atravesaste un océano en un velero, donde a cambio del viaje tú tenías que vigilar el velamen. Que incluso en los pueblos que no salen en los mapas hay gente de piel gris, que no es algo exclusivo de aquí. Y que a veces las puntas de los dedos se te ponen pálidas, y que es a lo único a lo que haces caso, porque es un aviso. Y te las miro y no me atrevo a preguntarte de qué te quieren advertir. Y me sonríes: Nadie me dirigía la palabra desde hace tiempo. Y con el pelo

revuelto, levantas el licor: Por esta noche. Y tus labios de humo se vuelven carnosos. Y si la campanilla suena, ya no la oigo. Y si hace frío, yo no lo noto para nada. Por los maltrechos altavoces sale el jolgorio de los violines, y los hombres y las mujeres de la fábrica, alborotados, hacen apuestas para ver quién se acaba el vino más rápido. Y el camarero, que solo piensa en el dinero: ¡Venga! ¡A ver quién gana! Y entre el jaleo, suena un vals de acordeón y tambor. ¿Te apetece? Y yo, que no sé bailar, te digo que sí, porque lo que quiero no es bailar, sino bailar contigo, y me agarras suavemente por la cintura, y yo a ti por la curvatura de la nuca, y el tambor suena un-dos-tres, un-dos-tres, y mis pasos siguen los tuyos, un-dos-tres, un-dos-tres, y ahora los tuyos se fían de los míos, un-dos-tres, un-dos-tres, acercas el pecho y percibo el olor a viajero, un-dos-tres, un-dos-tres, el aire de tu respiración toca mi cuello, un-dos-tres, un-dos-tres, oh, cómo me gusta sentir el viento de tus labios ahora sí ahora no, un-dos-tres, un-dos-tres, y los borrachos hacen como nosotros y de dos en dos se sacan a bailar, un-dos-tres, un-dos-tres, tu mano y la mía son una sola mano juguetona que se abre camino hacia el norte y después hacia el este, un-dos-tres, un-dos-tres, y dando vueltas y más vueltas tropezamos con dos cojos y sin querer tumbamos dos taburetes, un-dos-tres, un-dos-tres, de la barra coges el vaso, das un sorbo y vuelves a dejarlo, un-dos-tres, un-dos-tres, el acordeón se estira y bajo tus dedos me haces dar una vuelta entera, un-dos-tres, un-dos-tres, y hago sonar la campanilla de la fortuna, y me aferro con fuerza a ti, un-dos-tres, un-dos-tres, y me aferro con fuerza a Él.

Te apartas: ¿Qué te pasa? Nada, nada. Y el vals de feria todavía no ha terminado, y los chiflados nos empujan hacia la puerta. Y salimos a la calle y en el cielo hay más estrellas de las que nunca hayáis visto. Como si durante el rato que hemos estado dentro alguien se hubiese dedicado a pasear una cerilla por el cielo. Y mires donde mires no hay un solo palmo en el que falten. Sí, estoy segura de que alguien, que por fuerza debe ser bueno y atento, ha tenido incluso el detalle de moverlas para que queden bien repartidas. Y toda esta luminaria enciende el carbón de tus ojos: hay mineros ahí dentro haciendo brasa. Y el botón en cruz de

tu manga se cae, te lo birlo y, al ponérmelo en el bolsillo, noto frío por dentro del jersey. Señalas el péndulo: ¿Qué es eso? Los de aquí dicen que es para recordar que vivimos atados a alguien, pero en cambio Ricard dice que es para saber que si estás abajo después estarás arriba. ¿Y quién es Ricard? Ah, es mi abuelo. Nos acercamos a la plaza, los pobres duermen abrazados y una mujer sonámbula desvaría: ¿De verdad que te gustan mis uñas? ¡A mí las tuyas también! ¿Quieres que seamos amigas? De la cortina de hilos sale la gitana y, junto a la pequeña maceta, se echa hacia atrás el pañuelo para enseñarme su nariz de gancho, los dos ojos de cristal, el inicio de su pelo negro, y con los labios arrugados sonríe, y se vuelve a tapar la cara y me viene la imagen de la mujer que aquellas noches, a escondidas, subía las escaleras de encima de la habitación agarrada al brazo de Ricard. Y este pueblo perdido, que con una cuerda te va rodeando la cintura, que es a la vez deprimente y bellísimo, quizá es mi sitio, no lo sé, lo que sé, fugitivo, es que no es el tuyo. Y el aguijón de la tristeza se afila, apunta para inyectarme el veneno azul, y me das un codazo: ¡Mira! ¡Mira! Y me señalas una ventana donde hay un abeto con una estrella en lo alto: ¡Feliz Navidad! ¿Cómo? ¡Había olvidado qué día de diciembre era! Volvemos por la misma calle, y el camarero echa a los borrachos que no tienen dinero con una escoba: ¡Venga, id a dormir la mona!, y con un montón de monedas abultándole en el pantalón, nos dice: ¡Buenas noches, señores! En la verja de casa entorno los ojos y diría que los cuervos ya no están, y por el contraste con las tejas, diría que de la chimenea todavía sale humo. Mi abuelo duerme calentito, digo. Y tú: Qué suerte, esto no siempre ocurre. Y por supuesto ahora te diría que aquí hay una habitación que podría ser tuya, pero es que no me atrevo, o de repente, mirad si es extraño, me da la impresión de que no hace falta que te lo diga. Y entre las dos hileras de cipreses, como dos filas de velas tintadas, nuestros pasos remueven la grava, y me coges de la mano pero sin cogérmela, y te diría cógemela más fuerte, pero sé que no podrías. Y sin embargo, como si me hubieras escuchado el pensamiento, te detienes y, con los dedos largos y finos, recorres mis brazos, mis hombros, mi cuello, hasta las

mejillas. Tus manos de humo me sostienen. Y de pronto tengo ganas de preguntarte: ¿Qué ves cuando me miras?, pero no me atrevo a hacerlo. Y te acercas, con la nariz tocando a mi nariz, y tu boca está con mi boca, leyendo con los labios todas las palabras que no te he dicho. Como una capa que me cubriera, me envuelves entera, y te cuelas por mi garganta, y desciendes hacia abajo, abajo, hasta llegar al sótano de mí. Y con una vela, porque está tan oscuro que no ves, me descuelgas esta pena triste que me acompaña allá donde voy. Y te abres camino a través de las personas que malviven en mí y de las que ya nunca volverán. Y avanzas entre los charcos, la llovizna, las estalactitas, y borras lo que ya no y me haces creer en lo que tal vez sí. Y palpando las paredes, me abres una grieta y se filtra la primera luz: la del centenar de estrellas.

A la izquierda está el cementerio, donde solo se oye el aleteo de los cuervos, y a la derecha, las risas de los niños, que no quieren dormir, solo quieren jugar: ¡A ver si me atrapas! ¡Mira, mira, esos dos se gustan! Y bajamos por la pendiente y nos sentamos frente al río: nunca había visto el agua tan clara y calmada. ¿Tú qué ves, el pasado o el futuro? Y sonríes: Te veo a ti. El mechón rizado te toca el cuello, y pienso que yo también te veo a ti y por eso me pareces nuevo, como si al mirarte de cerca no existiera lo que te imponía de lejos. De la montaña nos llega el eco del greñudo que vierte al río los relojes que ha robado: ¡Mañana vivirás! ¡Seguro que sí! ¡Mañana! Y descienden por el agua sobre un lecho de hojas azul eléctrico: algunos son de cocina, otros de muñeca, otros de bolsillo. Todos están parados: uno marca las tres, otro las cinco y cuarto, y en otro faltará para siempre un minuto para las nueve.

Quizá sí que todo son repeticiones, y buscamos en los otros lo que un día tuvimos o lo que en una vida nos ha faltado, pero este momento nunca lo había vivido. Y nunca antes todas estas estrellas habían brillado como brillan ahora, porque estaban apagadas, o tal vez unas les hacían sombra a las otras. ¿Y qué me decís de estos relojes? Si esta misma mañana la gente los miraba incluso cuando no necesitaba saber qué hora era. Es que solo hace falta fijarse: las hojas que la corriente va moviendo antes estaban arriba y ahora

están aquí. Y también nosotros: venimos de lugares distintos, estamos juntos durante un rato y acabaremos quién sabe dónde coincidiendo con quién sabe quién. Y vendrán otros inviernos, pero no habrá ninguna otra noche como esta, y parece que no pueda ser, ¿verdad?, que cuando has vivido tanto todavía haya un mañana que te pueda sorprender. Que en el futuro nos esperen momentos hermosos como este y a la vez diferentes de este. Ya lo creo que todo se mueve: lo que sabemos y lo que no. Las uñas, la barba, las hierbas van creciendo sin que nos demos cuenta. Y ahora caminamos hacia alguien, y alguien está caminando hacia nosotros. Y si camino, la muerte se queda quieta, o tal vez también camina bajo tierra, pero y qué, si es al cielo al que ahora sigo. Y me pones la mano sobre la rodilla, y me sale decírtelo: ¿Lo ves? Esto que estamos viviendo ya nunca volverá. Levantas tu nariz de espabilado hacia el esplendor del cielo: Quién sabe todo lo que todavía nos queda, ¿verdad? Esos ojos tuyos de carbón te brillan, bajas la barbilla esculpida, miras hacia el pueblo del otro lado y arrugas la frente.

Tengo que irme.

¿Por qué?, se me escapa.

No quiero preguntarte nada, y eso que sé que mañana querré saberlo todo: qué trenes se deben tomar para llegar allá donde vas, en qué calle hay que girar, por qué nombre debo llamarte. Pero no me des ninguna pista, que mañana la convertiré en mi nueva esperanza. Mañana no sabré ver que has aparecido así, por casualidad, para darme un punto de luz. Sí, hay personas que pasan para levantarte del suelo y se van. Y eso es todo y eso es tanto. Estoy segura de que también tú tienes una voz detrás de la oreja que te va avisando de los finales, y que tú también te das cuenta de que, si intentáramos prolongar esta pequeña y fugaz felicidad, le faltaríamos al respeto, la tornaríamos vulgar. Tú tienes la medida de lo sagrado. Pero tengo que ser justa: necesitaba un inicio y lo encontré en ti, y quizá has sido un puente y ahora solo debo hacer lo que haces: caminar y caminar y caminar e ir soltando. Pero, espera, ¿y si te he querido solo porque sabía que te irías? ¿Y si, en el fondo, solo deseo a los que se van y nunca a los

que se quedan? Tal vez no seamos tan diferentes, ¿no? Y a regañadientes te digo: ¿Estás contento de irte? Y sacudiéndote el abrigo: Un día u otro tienes que hacerlo. Por la suela descosida se te cuelan piedrecitas, pero no te las sacas. Tienes los dobladillos del pantalón arrugados y atravesados por un imperdible. También yo me levanto para subir la pendiente, pero me detienes, me das un beso y, cuando siento que tus labios me tocan y se alejan, comienza el futuro de la añoranza, pero lo aparto de mí. Porque hay un momento casi imperceptible, y no me digáis que no, en que eliges si te entregas a la nostalgia o te la sacudes de encima. Y adivinando mi turbación, me dices: No mires atrás. Y la brasa de tus ojos me prende fuego: ya no existo dentro de ti. ¿Sabré yo hacer lo mismo? ¿Poner este momento en una vitrina y mantenerlo siempre así, sin ninguna nostalgia que lo pervierta? Te acercas al río: está totalmente calmo, diría que no va a ninguna parte. Introduces un pie y yo, instintivamente, te agarro del brazo, pero lo esquivas: no te hundes, ni te destroza ni te corta por la mitad. Caminas a través del agua y tus zapatos, bonitos por encima y desgastados por debajo, es como si avanzasen por un lago de cristal. Aplastas las hojas azul eléctrico y esquivas los relojes parados. Caminas con las manos en los bolsillos y la espalda triste, bajo cada una de las estrellas que, tras servirte de guía, se van oxidando. Y tu abrigo largo y negro está a cada paso más lejos de mí y más cerca del pueblo que los niños invocan todas las noches. Te vas haciendo tan pequeño que llega un momento en que no veo nada más que lo que siempre se ha visto desde aquí. Regreso a casa como si regresase de un sueño que me voy contando para no olvidar ningún detalle: quién sabe hasta cuándo me sostendrá lo que me has hecho sentir. Giro la llave larga en la verja. Frente al roble, acerco la boca a donde estaba dibujada la oreja y le susurro: Esta noche he vuelto a nacer.

11

Han subido la caja de madera, maniobrando con dificultad en el recodo de la escalera, y la han dejado apoyada en la puerta. Uno de los cuatro hombres, secándose el sudor con la manga, ha dicho: ¡Joder, aquí no se puede respirar! Y ha sacado un clavo que al parecer había bajo la ventana, la ha abierto hacia arriba y una ráfaga de aire fresco ha ventilado de golpe la habitación. Me he quedado asombrada de que fuera tan sencillo. Ha arrastrado la caja hasta colocarla junto a la cama y después se ha pasado un buen rato intentando abrir la tapa, que se había dilatado por la humedad. En el interior había un pequeño cojín bordado en punto de cruz. ¿Cómo lo quieres?, me ha preguntado. Y le he dicho que te dejase la camisa que llevabas, con el cuello sin abotonar. Y de la bolsa de basura he sacado los vaqueros gruesos, y aún más flojito le he preguntado si era posible que él mismo te los pusiese. También le he dado el cinturón y los calzoncillos, y, apartando la silla, he sacado la chaqueta de debajo de la cama: me ha parecido que en el lugar al que vas todavía hará más frío. He cerrado la puerta y, desde el pasillo, he escuchado sus esfuerzos: ¡Uno, dos, tres! ¡Eh, con cuidado, más arriba, coño! ¡Qué peste! ¡Pero date prisa! ¡Joder, cógelo tú por debajo, listillo! Cuando he entrado, lo que me ha impactado no ha sido que estuvieses en la caja, sino que en la cama hubiese quedado, hundida, la marca de tu cuerpo. Me han preguntado: ¿Y los zapatos? Y de la bolsa de basura he sacado todos los calcetines y los he desenrollado para ver cuáles eran más gruesos, he escogido uno corto y otro largo y los he hecho entrar por las uñas recién cortadas, y me ha reconfortado pensar que te arroparían, porque la verdad es que eran muy calientes. He cogido los zapatos lustrados de Roser, pero me resultaba extraño que tuvieras que estrenarlos de este modo, quiero decir que no estás

acostumbrado a ellos, quizá no te gusten y serán los que tendrás que llevar para siempre, además no te entraban bien y era demasiado para arreglarlos. Para ponerte las botas las he tenido que doblar, porque la caja te venía justa y no me atrevía a levantarte la pierna. He tenido que ir con cuidado porque los pies parecían dos bloques que pudiera romper y quedármelos como recuerdo, pero ¿qué harías sin pies allá abajo?, quizá querrás trabajar, o caminar hasta el centro de la Tierra, o construirte una casa a tu medida. En situaciones así pienso cosas raras, es verdad. La caja era de pino, bien acabada, lisa, sin dibujos ni tonterías. Te he desbrochado el reloj y en la piel, como durante años no te ha tocado el sol, te ha quedado una pulsera blanca que contrastaba con el brazo pálido. He tirado de la corona y se ha quedado a las once y veintitrés minutos y cuarenta y dos segundos, y entonces he girado la ruedecilla porque quería otro número, no sé, cualquier otro. De espaldas a los cuatro hombres, te he puesto en un bolsillo de la camisa los seis cigarrillos que quedaban, y en el otro, la caja con las últimas cerillas. Un golpe de viento ha hecho correr el aire, y el fuego, en vez de mermar, se ha alzado para mirarte. Es él el que se ha mantenido encendido mientras te apagabas. ¿Y sabes?, sé que debería llorar, pero no me sale, Ricard, porque cuando esta noche, tan contenta que estaba, he subido a la habitación y te he encontrado congelado y acurrucado, los puños se te han abierto y con las palmas abiertas me he dado cuenta de que no tenías líneas, sino anillos. Y estabas muerto y me ha hecho feliz saberlo: eres un árbol. Y te plantarán en el cementerio, y tus hombros se cerrarán y serás una semilla a la que le crecerán unas raíces tan largas que, ya sea aquí o al otro lado del mundo, se tocarán con las mías, y quizá serás un cerezo, o un sauce, o tal vez un haya o un platanero, o no, seguro que serás un roble, y un día, dentro de muchos años, serás la leña con la que calentarás el velatorio de un desconocido. Y eso no es algo triste, por mucho que sea triste verte dentro de una caja junto a un trapo lleno de clavos. ¿Quieres que lo pongamos recto?, me preguntan levantando un mazo. No, no, dejadlo tal y como está. Antes de que te cierren, te hago una foto con los ojos, durmiendo de lado, con las manos abiertas, el pelo de ceniza

peinado hacia la izquierda, los cortes del cuello y del labio, la camisa de cuadros granates, los cigarrillos, las cerillas, los vaqueros gruesos y las botas verdes embarradas. Venga, pues, que no tenemos todo el día, ha dicho uno de ellos. Con los hombres de delante levantando los brazos y los dos de atrás agachados, te han ido bajando. El más decidido, con voz de enfadado, contaba: ¡Uno-dos-tres!, y los cuatro bajaban un escalón, a uno de ellos le han flaqueado las fuerzas y has estado a punto de estrellarte, hubiera sido un buen jaleo. Y cuando te han sacado por la puerta de entrada todavía olía a barniz: estaba la mesa montada con las cuatro patas, y en la rama baja del cerezo, las diez bolas de madera roja que hicimos juntos otro diciembre. Como estabas encogido hacia la derecha, he pensado que lo verías y me guiñarías un ojo. Y en la pared del porche, recostada entre la sierra y el pico, me he quedado quieta mirando cómo te movías: se te llevaban por el camino de las hierbas y, a tu paso, los robles y los pinos se inclinaban para decirte adiós.

Los cuatro hombres ponían cara de sufrimiento y tenían las orejas pegadas a la madera. Flexionando la misma pierna, han girado y han pasado bajo el arco de alambre: «No te he quitado nada, solo te lo había prestado». Encima, satisfechos pero no del todo, los cuatro cuervos. El pueblo solo hace de pueblo cuando alguien se va, por eso no faltaba nadie. Quienes esperaban sentados en el trigo se han puesto de pie al ver a los cuatro hombres, y entonces ha empezado a nevar. Entraban con la caja poco a poco: la solemnidad la marcaban sus zapatos, y he agradecido que no se apresuraran, que mantuvieran la lentitud. El agujero ya estaba a punto, a la gente le ha sorprendido que entre el barro hubiera rosas, alguien ha dicho que era señal de buen destino: ¡Será de los que acaban en el mar! El hombre asustado ha sido el primero en llorar, y moviendo los labios repetía: Soy un desgraciado, soy un desgraciado. Era alguien de pocas palabras, ha dicho un señor vestido de domingo. El chatarrero ha venido corriendo, el barro se le acumulaba en las tres ruedas y tenía que levantar el carro porque se le atrancaba cada dos por tres. Apuntándonos con el dedo torcido, nos ha regañado uno por uno,

como si fuéramos culpables: ¡Mañana vivirás, mañana vivirás! ¡Hoy no puedo! ¡Después lo haré! ¡Sí, sí, seguro que sí!, y se apretaba la muñeca compulsivamente. Le he dado el reloj de Ricard y, animado, le ha dado tres vueltas con el brazo y lo ha lanzado por los aires. Se ha hundido en el agua y un pez rojo ha mordido la correa para llevárselo al mar sin tiempo. La mujer de los zapatos amarillos, agarrada a la maleta, se ha jurado: Hoy me marcharé, seguro que me marcharé. El hombre esposado no ha preguntado a nadie dónde estaba su llave. El camarero se acababa de enterar de que éramos familia: ¿Tú lo sabías?, ha preguntado al de su lado, que no ha entendido lo que le decía por la resaca que llevaba. Los que piden caridad no han dicho ni pío, parecían un grupo de hermanos avergonzados. Navidad no es un buen día para morir, ha gimoteado Roser con las lágrimas deslizándose por sus mejillas, y los que estaban a su lado la han hecho callar llevándose el dedo a la boca. Los trabajadores de la fábrica, royéndose las uñas, pensaban en que por culpa de ese que ni siquiera conocían, hoy, que tocaba comida buena, tendrían que recuperar las horas perdidas y acabarían más tarde. Los tres niños de la buhardilla, cada uno con su letrero en el pecho, uno de inútil, uno de burro y el otro de vago, siguiendo al hombretón, que bostezaba y se metía el dedo en la nariz, han cantado:

Si estás triste y no sabes por qué,
espérate, espérate,
que el buen tiempo viene hacia ti,
aunque no puedas verlo.

Con el hoyo en medio, los cuatro hombres, dos a un lado y dos al otro, han contado uno-dos-tres, han soltado un palmo de cuerda y la caja ha bajado un palmo más. Uno-dos-tres, y abrían y cerraban el puño y se les formaba herida. Una vez abajo, con el poco de agua, parecía una barca. Antes de que lo taparan, he arrojado el botón y sobre la tierra fangosa he clavado la cruz que esta madrugada he descolgado de encima de la cama. He tenido que agujerear un poco la pared, porque no había manera de

arrancar el clavo. Apuntando al cincel, con cada martillazo grababa una raya: la R la he hecho picando cuatro veces; la I, una, pero la he repetido porque no quedaba suficientemente marcada; para hacer la C, tres, y, como ya no me quedaba mucho espacio, la A, la R y la D las he tenido que hacer muy juntas y tirando hacia arriba. Tenías la mitad del nombre grande y la otra mitad pequeña, pero no ha quedado mal. Debajo, el primer día, el último y el guion, esa raya en la que hemos compartido la existencia. Como no tenía sueño, en el porche he removido el pegamento seco con agua, he puesto un buen pegote en la pata de la mesa y la he aguantado un buen rato para que se fijara. No tengo paciencia, y si apoyo los brazos baila, pero no pasa nada. No tenía claro si debía terminarla, porque era tu proyecto, pero la idea de verla para siempre a medias tampoco me gustaba, además, alguien debe terminar lo que los demás comienzan, ¿no? Y aunque sea impaciente, no tenía nada que hacer, y además estaba bastante animada: el regusto de aquella noche todavía me duraba, por eso incluso me he entretenido barnizándola. El tenue sol del alba clareaba la noche, y he ido al cementerio a avisar a los cuatro trabajadores, que justo empezaban la partida, y, como si les pidiera un favor, se han puesto los guantes. Los dos más bajitos me han preguntado: ¿Cuánto hace? Y les he respondido: No sé si tres horas o quizá cuatro o cinco. Y ellos, levantando la mano: ¡No, no, de tamaño! Y les he dicho: Es grande, era alto. Y desplegando el metro me han dicho: Con estos temas hay que ser exacto. Y les he dado la llave y han ido a medirte en horizontal y en vertical. Los otros dos, que no habían olvidado las normas del oficio y ya se les habían deprimido las cejas y la comisura de los labios, han ido a anunciarlo golpeando tres veces en cada casa: se ve que algunos todavía dormían y que, como siempre, ha habido quien se ha afligido y a quien se le ha notado la pereza. Entre el trigo, la señora del delantal, como cada amanecer, hablaba con su difunto marido: ¿Te acuerdas del año que tuvimos aquella cosecha tan buena? Y colocaba la oreja en el suelo: Ay, sí, a ver si hay suerte. En el bosque de los niños se oía cómo unos hacían reír a otros, y eso no era ofensivo, más bien daba otro aire a todo. Me he acercado a la

linde de los cipreses y la niña que fui hinchaba los mofletes frente al diente de león. Me ha visto, ha soplado y, con el andar inestable, ha venido hacia mí. Tenía la cara blanda, como una muñeca, y cuando estaba a un palmo le he dicho: Míralo bien. Y ella me ha preguntado: ¿Por qué? Y yo: Porque cuando hayas soplado ya no estará. Y detrás de la niña ha aparecido una vieja que era como yo pero con el pelo blanco y con mi voz enronquecida me ha dicho: Vive, que todo dura un momento.

La gente se ha marchado en grupitos y hablando flojo. Dos de los niños, olvidando los letreros del pecho, no podían contenerse: ¿A ti qué te han regalado? ¡Una bolsa de caramelos! ¡A mí un tren de madera! Las chismosas habían formado un corro y murmuraban: Pobre criatura, su familia lleva la marca del abandono, y Roser, abriéndose paso, ha ido a meter baza: Ay, si hubierais visto cómo me lo encontré, estaba medio moribundo, y le di sopa como pude, y pobre Ricard, tan buena persona que era, y menos mal que ha ido rápido, porque, ¿sabéis?, mi madre estuvo sesenta y un días, sesenta y uno, si al final se le ponían las moscas en la boca. Yo, ante la cruz, no sabía lo que tenía que hacer. A mi lado, la ciega, descalza, se agarraba la falda: de sus ojos de cristal caía una lágrima, que se deslizaba por su rostro oculto e iba a parar a la tierra, donde Ricard la absorbía. En la entrada del cementerio había un hombre quieto. Era mi padre: uno de los sepultureros le estaba dando la llave de casa. Y justo en ese momento los niños han anunciado: ¡El péndulo se mueve! ¡El péndulo se mueve! Y he sentido que una fuerza me succionaba, y de verdad que no sabía qué hacer, ni siquiera podía moverme: solo miraba al suelo, como si también yo fuera una cruz plantada, y una voz, tras la oreja, me ha gritado: ¡Mira el cielo!, y sobre la estación estaba el humo parado del tren, y he corrido como no sabía que podía correr, como si alguien corriera por mí, y he rozado a mi padre, y el polvo de nieve me tocaba las pestañas, y he esquivado a los trabajadores de la fábrica, y venga a correr, correr sin nada más que mí misma, y, con el silbido de la locomotora, la puerta del vagón ha empezado a cerrarse y he saltado dentro y, con las manos en la ventana empañada, ahora miro cómo el pueblo se va

haciendo pequeño.

Agradecimientos

A Bibiana Mas: si no fuese por Escocia, en este libro no habría robles, ni niebla, ni bosques con niños, ni brujas que leen manos ni ríos que bajan de montañas gigantes.

La ley del invierno
Gemma Ventura

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *La llei de l'hivern*

© Gemma Ventura, 2023

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.
© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana 2023
© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: Mercurio Alba

© Editorial Planeta, S. A. (2023)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2023

ISBN: 978-84-233-6377-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!